ENGAÑAR CON LA VERDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

[illegible] DE MARIVAUX,

y traducida libremente

POR

[illegible]

Representada en Madrid por primera vez
en Abril de 1828.

[illegible]

IMPRENTA DE [illegible] REPULLÉS.

[illegible] 1831.

ENGAÑAR CON LA VERDAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESCRITA EN FRANCÉS POR MR. DE MARIVAUX,

y traducida libremente

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada en Madrid por primera vez en Abril de 1828.

MADRID:
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Junio de 1831.

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien rubricará todos sus ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Felix.	*Sr. Cárlos Latorre.*
El Conde de Albafria.	*Sr. Antonio Silvostri.*
Don Hilarion. . .	*Sr. Luis Fabiani.*
Valentin.	*Sr. Antonio de Guzman.*
Lucas.	*Sr. Agustin Azcona.*
Un oficial de diamantista.	*Sr. Pedro Gonzalez.*
Doña Luisa. . . .	*Sra. Concepcion Rodriguez.*
Doña Leoncia. . .	*Sra. Concepcion Velasco.*
Casilda.	*Sra. Rafaela Gonzalez.*

715379

La Escena es en Madrid en casa de Doña Luisa. El teatro representa una sala amueblada con elegancia. A la derecha habrá una mesa con escribanía.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

LUCAS *y* DON FELIX.

Luc. Tenga usted la bondad de sentarse y esperar un momento. La señorita Casilda está ocupada: no tardará en venir.

Fel. No quisiera incomodarla.

Luc. Si quiere usted le haré compañía; que aqui á solas se fartidiará. Hablaremos mientras tanto.

Fel. Mil gracias. No hay necesidad de que...

Luc. Nada, sin ceremonia. La señora nos manda ser atentos con todo el mundo, y ya ve usted que yo cumplo su mandato.

Fel. Sin embargo, no tendré reparo en quedarme solo un instante.

Luc. Perdone usted. — Siendo asi tampoco yo le tengo en retirarme.

ESCENA II.

DON FELIX *y* VALENTIN.

Fel. ¡Oh, mi querido Valentin!

Val. Ya le he visto á usted entrar.

Fel. Pensé no desembazarme en todo el dia de un lacayo que se obstinaba en hacerme compañía para que no me fastidiase. ¿No ha venido todavia don Hilarion?

Val. No señor; pero debe de tardar poco (1). No quisiera que nos viesen juntos. Conviene que los criados no sepan que nos conocemos.

Fel. Estamos solos.

Val. Supongo que nada habrá dicho usted de nuestro proyecto á don Hilarion su tio.

Fel. Ni una palabra. Con el candor del mundo, y á instancias mias, me va á presentar á esta señora en calidad de administrador de sus bienes. La feliz casualidad de ser mi tio su procurador me hizo concebir desde luego la esperanza de ser admitido. Ayer la habló en mi favor. Quedamos en vernos aqui, y me dijo que si venia yo antes preguntase por Casilda,

(1) *Observando.*

RBC NcU

una jóven á quien proteje doña Luisa y la tiene en su compañía. Lo que es confiarle mi proyecto de ningun modo: ni á él ni á nadie. A mí mismo, que voy á ponerlo en ejecucion, me parece muy estravagante. No por eso te estoy menos reconocido. Harto siento no haberte podido conservar en mi servicio, ni recompensar tu zelo como debiera. Sin embargo, te has empeñado en hacer mi fortuna; y por grande que sea mi gratitud...

Val. Dejemos eso á un lado. Usted se ha portado muy bien conmigo, y le quiero entrañablemente. Si yo fuera hombre de dinero, nada le faltaria á usted.

Fel. Lo estimo en el alma, Valentin. Si algun dia me sonrie la fortuna... pero nada me prometo de nuestra tentativa, sino la afrenta de ser despedido mañana.

Val. Supongamos que suceda asi; ¿qué vamos á perder?

Fel. Doña Luisa hace mucho papel en Madrid: está muy bien relacionada; su marido fue un empleado de alta categoría en el ramo de hacienda; ¿y presumes tú que hará caso de mí; que se casará conmigo; con un pobre diablo, sin colocacion y sin bienes?

Val. ¡Sin bienes! Esa gentil figura vale un potosí. ¿A ver? vuélvase usted un poco; le examinaré bien. —Vamos, usted se burla. No hay en Madrid un personage mas distinguido. ¿Qué valen las mas brillantes dignidades, comparadas con esa gallarda presencia? Cuando yo digo que el negocio es seguro... Ya le cuento á usted por amo de esta casa.

Fel. ¡Qué desatino!

Val. Pondria mis manos en el fuego. ¡Qué tren! ¡qué opulencia! ¿Sale usted hoy á caballo, ó en la berlina?

Fel. La viudita tiene mas de diez mil duros de renta, segun me has asegurado.

Val. Que unida á los cincuenta ducados que le produce á usted aquel censillo de la Morería Vieja...

Fel. Tambien me has dicho que es una señora muy sensata...

Val. Mejor para usted, y peor para ella. Será tanto su rubor si llega á enamorarse de usted, que por no dar que decir á las gentes no hallará mas remedio que casarse. A su tiempo lo veremos. Usted la ama, ¿no es cierto?

Fel. ¡Ah, Valentin! La adoro. Y esto es lo que me hace temblar.

Val. Timidez de novicio. ¡Qué diablo! Tenga usted un poco mas de confianza. Usted triunfará; yo lo digo; yo lo tomo á mi cargo; yo lo exijo. — En fin, se me ha puesto en la cholla; y no he de ser yo Valentin, ó se casa usted con ella. Nuestro plan está convenido. Conozco el mérito de usted, el carácter de mi ama, y sobre todo mi talento. A pesar de su sensatez, amará á don Felix; no obstante su orgullo, se casará con él, y arruinado y todo le hará dueño de sus talegas. ¿Estamos? Orgullo, circunspeccion, riquezas, todo irá á pique. Todo calla cuando habla el amor; y el amor hablará. — Siento pasos. — Hasta luego. — Será tal vez don Hilarion. Ya estamos embarcados. Animo. — ¡Ah! se me olvidaba. Procure usted hacerse algun lugar en el corazon de Casilda. Entre el amor y yo coronaremos la obra.

ESCENA III.

DON FELIX *y* DON HILARION.

Hil. Buenos dias, Felix. Estoy muy contento de tu puntualidad. Casilda vendrá al instante. ¿La conoces?

Fel. No señor. ¿Por qué me lo pregunta usted?

Hil. Es que me ha ocurrido una idea.—La chica es muy linda.

Fel. Sí lo será.

Hil. Y de muy buena familia. Tu padre y el suyo fueron amigos. Al morir la encomendó á mi cuidado á falta de patrimonio. Doña Luisa se compadeció de ella, la trajo á su casa, y la trata mas bien como amiga que como criada. Ha hecho bastante por ella, y aun hará mas: como que ha ofrecido darla estado. —Oyes; y Casilda es heredera de una tia asmática octogenaria que tiene muchas pesetas. —Soy de parecer que te cases con ella. —¿Qué dices tú?

Fel. (1) No habia pensado yo en semejante boda.

Hil. Pues no te vendrá tan mal. —Procura agradarla; yo te lo aconsejo. Al cabo, tú nada posees... es decir, en la actualidad; porque aunque tienes esperanza de heredarme, yo estoy fuerte, gracias á Dios; y te haré esperar todo el tiempo que pueda. Por otra parte, ¿quién sabe si yo me casaré...? No es decir que lo desee con ánsia; pe-

(1) *Sonriéndose.*

ro no sé lo que puede suceder..... Al cabo yo no soy ningun anacoreta; y dos ojos negros me pueden hacer resbalar como á cualquier hijo de vecino. Tras de la muger vienen los hijos: esta es la costumbre; y el colateral se queda á buenas noches. Con que no será malo que tomes tus precauciones, y te pongas en estado de no necesitar de los bienes que te ofrezco hoy y te puedo quitar mañana.

Fel. Tiene usted razon: ese es un consejo muy sano, y prometo practicarlo.

ESCENA IV.

Dichos y Casilda.

Hil. Aqui tenemos á Casildita. Retírate un poco: quiero prepararla.

Cas. Siento mucho haber hecho á usted esperar. La señora me tenia ocupada.

Hil. No hay por qué sentirlo. Acabo da llegar. — ¿Qué tal te parece ese jóven?

Cas. (1) Me gusta la pregunta.

Hil. Es que no es ningun cualquiera. Es mi sobrino.

(1) *Riéndose.*

Cas. Sea muy enhorabuena. Su sobrino de usted es muy buen mozo. No desmerece de la familia.

Hil. ¡Ya se vé que no! Es el administrador que he propuesto á doña Luisa; y celebro mucho que sea de tu gusto. Te ha visto varias veces cuando has venido á mi casa. ¿Te acuerdas?

Cas. No lo tengo presente.

Hil. Vosotras sois generalmente desmemoriadas. ¿Sabes lo que me dijo la primera vez que te vió? "¡Qué bonita es esa muchacha!" (1) Acércate, Felix. — Mira, Casildita: tu padre y el suyo se querian mucho: ¿por qué no se han de querer tambien los hijos? El muchacho promete: ¿no es verdad? No hay mas que pedir.

Cas. Usted le hace justicia.

Hil. ¡Observa cómo te mira! ¡Cuando digo yo que es buena proporcion!

Cas. No lo dudo. Su fisonomía le rocomienda. Veremos.

Hil. ¿Qué es eso de veremos? De aqui no me voy hasta que te decidas.

Cas. ¿Pero es puñalada de pícaro?

Fel. Está usted importunando á esta señorita.

(1) *Casilda se sonrie.*

Cas. (1) Y no me parece que soy yo tan indócil que...

Hil. Eso me basta: ya estais de acuerdo. Negocio concluido (2). Venid acá, hijos mios. Ya estais desposados. No puedo detenerme mas: volveré luego. Casilda, encárgate de presentar tu futuro á la señora: á Dios sobrinita...

Cas. (3) Vaya usted con Dios, tio.

ESCENA V.

DON FELIX *y* CASILDA.

Cas. Esto parece un sueño. Don Hilarion es ejecutivo como él solo. El amor de usted me parece muy repentino. ¿Será duradero?

Fel. Asi quisiera yo merecérselo al objeto que me lo inspira.

Cas. Si usted me es consecuente no se arrepentirá... Pero mi señora viene.— Una vez que nuestros intereses son casi unos mismos, gracias á la actividad de don Hilarion, sírvase usted pasar á

(1) *Con sonrisa.*
(2) *Une sus manos.*
(3) *Con risa irónica.*

ese cuarto mientras prevengo á doña Luisa.

Fel. Con mucho gusto, señorita. (1)

ESCENA VI.

DOÑA LUISA *y* CASILDA.

Cas. ¡Son prodigiosos los efectos de la simpatía!

Lui. Casilda: ¿quién es ese jóven que me ha saludado con tanta gracia al retirarse? ¿Te buscaba á tí?

Cas. No señora: á usted es á quien busca.

Lui. Pues llámale. ¿Por qué se va?

Cas. Desea que yo le hable á usted primero. Es el sobrino de don Hilarion, el que le ha propuesto á usted para dirigir sus asuntos.

Lui. ¡Ah! ¡es él! Parece muy buen muchacho.

Cas. Es apreciado generalmente. Me consta.

Lui. Lo creo. A primera vista se conoce que es hombre de mérito; pero tiene tan buena figura para administrador que casi siento escrúpulo en recibirle. ¿Me lo censurarán?

(1) *Al retirarse saluda don Felix á doña Luisa, y ella le corresponde.*

Cas. ¿Y por qué? ¿Es preciso que sean feos los administradores?

Lui. Tienes razon. Dile que entre. No habia necesidad de prepararme á recibirle. Basta que don Hilarion le envie para que yo le admita.

Cas. No cabe mejor eleccion. (1) ¿Han convenido ustedes ya en el sueldo que debe disfrutar?

Lui. No disputaremos sobre eso. Siendo hombre de bien, nada le faltará en mi casa. Llámale.

Cas. Le destinaremos el gabinetito que da al jardin. ¿No es verdad?

Lui. Si le acomoda, no hay inconveniente. Que venga.

Cas. (2) Señor don Felix, pase usted adelante.

ESCENA VII.

Doña Luisa, Don Felix *y* Casilda.

Lui. Caballero, estoy sumamente agradecida á don Hilarion. Enviándome su propio sobrino para manejar mis intereses, me da una prueba de que los

(1) *Da algunos pasos para salir, y vuelve.*

(2) *Desde la puerta.*

mira como suyos. Cierto amigo me habló ayer de otro administrador que ha de presentarme hoy; pero usted es preferido.

Fel. Espero que mi zelo justificará la preferencia con que usted me honra, y que la ruego me conserve. Mi mayor sentimiento seria el perderla.

Cas. Mi señora no tiene mas que una palabra.

Lui. Asi es. Vamos; queda usted recibido. Despedid á cualquiera otro que se presente. Supongo que estará usted impuesto en los negocios...

Fel. Si señora. Mi padre fue abogado, y yo tambien he cursado leyes.

Lui. Segun eso, usted es de muy buena familia, y superior al partido que toma.

Fel. El partido que tomo no puede humillarme de ningun modo. El honor de servir á una señora como usted me llena de orgullo, y no envidiaré la suerte de nadie.

Lui. Mi conducta no le hará á usted mudar de opinion. Aqui se le guardarán todas las consideraciones que merece, y no perderé ocasion de manifestar á usted mi aprecio.

Cas. Apuradamente tiene un corazon mi señora... No hay pobre á su lado.

Lui. No puedo ver con indiferencia á tantos hombres de bien pereciendo, al paso que otros muchos, sin mérito y sin virtudes, viven en la opulencia. Sobre todo, cuando un jóven... ¿Qué edad tendrá usted? ¿Veinte y cinco años?

Fel. Ya los he cumplido.

Lui. Por fin tiene usted el consuelo de poder mejorar de suerte con el tiempo.

Fel. Señora, ya empiezo á ser dichoso desde hoy.

Lui. Le enseñarán á usted la habitacion que le destino. Si no le acomoda á usted, otras hay donde puede elegir.— Tambien necesita usted un criado; yo se lo proporcionaré. ¿Quién será mas á propósito, Casilda?

Cas. Ninguno como Lucas. ¿Quiere usted que le llame? ¡Lucas, Lucas!— La señora te llama.

ESCENA VIII.

Dichos y Lucas.

Luc. ¿Qué manda usted?

Lui. Lucas, desde ahora te cedo al señor. Cuidado con servirle bien.

Luc. ¿Me cede usted al señor? Eso es decir que ya no soy mio; que mi persona no me pertenece.

Cas. ¡Qué majadero!

Lui. Quiero decirte, que en lugar de servirme á mí le servirás á él.

Luc. Yo no sé por qué razon me despide usted. ¿Qué delito he cometido yo? Siempre la he servido á usted con lealtad.

Lui. Hombre, yo no te despido. Te pagaré para que sirvas á este caballero.

Luc. Perdone usted. Eso no es justo.— ¿Por qué he de trabajar yo para uno siendo otro el que me paga? Supuesto que me da usted el salario, á usted sola debo servir: de otro modo cumpliré mal.

Lui. No conseguiré que me entienda.

Cas. Ven acá, pedazo de jumento. Cuando yo te envio á alguna parte, ó te digo que hagas tal ó tal cosa, ¿no me obedeces?

Luc. Con mil amores.

Cas. Pues bien. Lo mismo hará el señor. Te mandará en nombre de la señora.

Luc. ¡Ah! Eso es otra cosa. Es decir que la señora mandará al señor que sufra mi servicio; y yo le serviré por órden de la señora.

Cas. Justamente.

Luc. ¡Acabára usted de esplicarse!

ESCENA IX.

Dichos y un Criado.

Cri. Señora: la modista que ha mandado usted llamar está esperando.

Lui. Voy allá. Vuelvo al instante, señor don Felix. — ¿No es este el nombre de usted?

Fel. Sí señora.

Lui. No se vaya usted. Tenemos que hablar.

ESCENA X.

Don Felix, Casilda *y* Lucas.

Luc. Con que es decir, señor don Felix, que usted y yo somos compañeros; con la diferencia de que usted me manda á mí, y yo á usted no. Quiere decir, que yo seré el criado que sirve, y usted el criado que se deja servir por órden de la señora.

Cas. ¿Tú te comparas con el señor, zamacuco? Quítate de ahí.

Luc. Con permiso de usted, señorita Casilda. Una palabra y concluyo. ¿Usted no me pagará nada? ¿Está us-

ted autorizado para que le sirvan *gratis*? (1)

Cas. Déjanos en paz. La señora te pagará: ¿no te basta?

Luc. ¡Cáscaras!... ¿Con que á usted no le cuesto yo nada? Pues que vaya á encontrar nadie un criado tan barato.

Fel. (2) No has dado con ningun roñoso, Lucas. Toma. Ya ves que te gratifico antes de servirme.

Luc. Muchas gracias. (No haria mas aunque fuera mi amo.)

Fel. Anda á beber á mi salud.

Luc. ¡Oh! Si basta que yo beba para que sea buena, mientras viva se la prometo á usted escelente. (Me ha venido Dios á ver con el nuevo camarada.)

ESCENA XI.

DON FELIX *y* CASILDA.

Cas. No puede usted quejarse de doña Luisa. Su acojida ha sido la mas satisfactoria; y este principio nos ofrece un lisonjero porvenir. — Pero aqui viene doña Leoncia, su madre. No se me oculta el objeto de su venida.

(1) *Don Felix se rie.*
(2) *Le da dinero.*

ESCENA XII.

Dichos y Doña Leoncia.

Leonc. Luisa me acaba de decir que ha recibido un administrador de parte de don Hilarion. Muy mal hecho, Casilda. El señor conde la ha hablado en favor de otro; y es una grosería el dejarle asi plantado. A lo menos hasta ver á los dos no debió decidirse por ninguno. ¿Qué motivo tiene para preferir al de su procurador? ¿Qué especie de hombre es ese?

Cas. A la vista lo tiene usted.

Leonc. ¡Ah! ¿Con que es el señor? Muy jóven es. ¿Cómo me lo habia yo de figurar?

Cas. No se necesita ser ningun Matusalen para dirigir los negocios de una casa.

Leonc. Se necesita mas esperiencia de la que promete el señor. ¿Con que ya está usted recibido?

Fel. Sí señora.

Leonc. ¿Qué casa es la que ha dejado usted para venir á esta?

Fel. La mia. Hasta ahora no he dependido de nadie.

Leonc. Segun eso, viene usted á hacer aqui su noviciado?

Cas. No por cierto. Este caballero está muy versado en toda clase de negocios.

Leonc. ¿Por qué no añades: "y tiene personas de distincion que abonen su conducta?" Cualquier escribientillo se anuncia de este modo en los postes de Correos (1). No formo grande opinion de este hombre. Maldita la traza que tiene de administrador.

Cas. (2) Eso nada importa Yo respondo de él. Este es el hombre que nos conviene.

Leonc. Con tal que el señor no se oponga á nuestras miras, me será indiferente que se quede ó no.

Fel. ¿Puedo saber qué miras son esas, señora?

Leonc. ¿Conoce usted al conde de Albafria? Mi hija y él iban á pleitear sobre la posesion de una tierra, cuyo producto es de mucha entidad; y se trata de casarlos para evitar el pleito. Luisita es viuda de un sugeto que gozaba de bastante consideracion en la

(1) *En voz baja á Casilda.*
(2) *En voz baja.*

sociedad, y la ha dejado muy rica. Pero la satisfaccion de oir llamar á mi hija condesa de Alba-fria, y de verla alternando con lo mas florido de la nobleza, me hace desear con ánsia que se realice la boda; y si he de decir la verdad, tampoco me pesaria á mí ser madre de la señora condesa de Alba-fria.

Fel. ¿Se han dado ya palabra de casamiento?

Leonc. Todavia no; pero falta poco. Mi hija no está muy distante de aceptar la mano del conde. Quisiera únicamente, segun dice, imponerse bien en el asunto, y saber si tiene mejor derecho que el conde, para que la esté mas obligado si se casa con él. Pero tengo mis recelos de que esto sea una escusa. Mi hija no tiene mas que un defecto, y es que no encuentro yo en ella las ideas de elevacion que abriga su madre. No tiene para ella tantos encantos como debiera el bello título de Alba-fria. No considera cuán humillante es el llamarse doña Luisa Buitrago á secas; y á pesar de su mucho caudal se resigna á vegetar en la clase media.

Fel. Tal vez no seria mas dichosa saliendo de su esfera.

Leonc. Aqui no se le pide á usted pare-

cer. Guarde usted para mejor ocasion esa máxima rutinaria; y sino quiere pasarlo mal, procure complacernos.

Cas. Ese es un pequeño rasgo de moral que no se opone á las ideas de usted.

Leonc. Moral subalterna que me incomoda.

Fel. ¿Y qué es lo que yo debo hacer?

Leonc. Decir á mi hija, despues que haya usted examinado los papeles, que su derecho es el menos fundado, y que no puede ganar el pleito.

Fel. Si es asi, no dejaré de advertírselo.

Leonc. (1) ¡Hum! ¡qué torpeza! No es eso lo que se le dice á usted. Aunque su derecho sea el mejor, se exige de usted que le diga lo contrario.

Fel. Pero, señora, eso es engañarla. La probidad...

Leonc. ¡La probidad! ¿Falto yo á ella? Tiene usted poco criterio, señor mio. Yo, que soy su madre, le mando á usted engañarla por su bien: ¿entiende usted? Yo, yo.

Fel. De todos modos, seria proceder de mala fé por mi parte.

Leonc. (2) Este hombre es un leño. Es

(1) *Aparte á Casilda.*
(2) *En voz baja á Casilda.*

preciso despedirle. — Señor aprendiz de administrador, no invernará usted en mi casa.

ESCENA XIII.

DON FELIX *y* CASILDA.

Fel. Esta madre se parece muy poco á su hija.

Cas. Efectivamente. Siento mucho no haber podido informar á usted con tiempo de su carácter díscolo. Está muy encaprichada con esa boda. ¿Pero qué inconveniente tiene usted en dar á la hija el consejo que le piden, cuando sale garante la madre? Esto no es engañarla á mi parecer.

Fel. Perdone usted. Siempre es incitarla á tomar un partido, que acaso no tomaria por sí sola. Supuesto que quieren que yo la ayude á resolverse, sin duda no se presta doña Luisa al designio de su madre.

Cas. Por indolencia únicamente.

Fel. Créame usted. Debemos decirle la verdad.

Cas. Hay otra razon mas fuerte todavia para que usted sea condescendiente. El señor conde ha prometido regalar-

me quinientos duros el mismo dia que se firme el contrato; y usted tiene tanta parte como yo en ese dinero, segun las ideas de don Hilarion.

Fel. Es usted la niña mas amable del mundo, Casildita; pero á usted la tientan esos quinientos duros por falta de reflexion.

Cas. Al contrario: cuanto mas reflexiono sobre ellos, tienen mas atractivos para mí.

Fel. Pero usted tiene mucha ley á doña Luisa; y si llega á ser infeliz con ese hombre, ¿no tendrá usted remordimiento de haber contribuido á su desgracia por una miserable gratificacion?

Cas. Usted dirá lo que quiera; pero no es cosa de perder... Y luego el señor conde tiene muy buenos sentimientos. Nunca tendremos motivo para arrepentirnos de haberle servido. La señora vuelve: yo me retiro. No olvide usted la consabida suma, y que la debemos disfrutar juntos.

Fel. (¡Lo que puede el interés!) Ya siento menos engañarla.

ESCENA XIV.

DON FELIX *y* DOÑA LUISA.

Lui. ¿Con que ha visto usted á mi madre?
Fel. Sí señora.
Lui. Me lo acaba de decir; y quisiera que hubiera recibido á otro en lugar de usted.
Fel. Asi me lo ha dado á entender á mí mismo.
Lui. No tenga usted pena por eso. Usted me conviene.
Fel. No es otro mi anhelo.
Lui. Tenemos que hablar de cierto asunto que me interesa mucho; pero que no salga de entre los dos.
Fel. Usted me honra demasiado con su confianza para que yo pueda abusar de ella.
Lui. El caso es que me quieren casar con el conde de Alba-fria para evitar un gran pleito que se originaria entre los dos con motivo de unas tierras que yo poseo.
Fel. Ya me lo ha dicho su señora madre de usted, y hablando del particular, he tenido la desgracia de indisponerla conmigo.
Lui. ¿Cómo es eso?

Fel. Si la razon está de parte de usted, se pretende que yo la persuada á usted de lo contrario para determinarla mas pronto al casamiento en cuestion. Yo la he suplicado que me exima de una comision tan odiosa.

Lui. ¡Qué frívola es mi madre! La fidelidad de usted no me sorprende: yo contaba con ella. Proceda usted siempre lo mismo; y no hay que hacer caso de lo que haya dicho mi madre: yo lo desapruebo, y basta. ¿Le ha dicho á usted alguna espresion injuriosa?

Fel. Eh, no hablemos de eso. Lo único que ha logrado es aumentar mi zelo y mi afecto hácia usted.

Lui. Nueva razon para que yo no consienta que le mortifiquen á usted. ¿Qué significa esto? Veremos á ver si yo mando en mi casa. ¡Con que le han de tratar á usted mal solo porque procede bien? ¡No faltaba otra cosa!

Fel. Olvídelo usted, señora, y tendrá un nuevo derecho á mi gratitud. Tanta bondad me confunde; y el pequeño disgusto que he sufrido es ya una satisfaccion para mí.

Lui. No puedo menos de alabar tan nobles sentimientos. Volvamos á lo del pleito. Si no me caso con el conde...

ESCENA XV.

Dichos y VALENTIN.

Val. La señora marquesa está mas aliviada; y estima mucho... (1) estima mucho la atencion de usted (2).

Lui. Está bien.

Val. Señora, me han dado un recado para usted, que urge mucho (3).

Lui. ¿Y qué es?

Val. Me han encargado que se lo diga á usted particularmente.

Lui. (4) Disimule usted por un momento. No he concluido lo que tenia que decirle. Tenga usted la bondad de volver luego.

ESCENA XVI.

DOÑA LUISA *y* VALENTIN.

Lui. Parece que te has quedado sorpren-

(1) *Finge ver á don Felix con sorpresa.*

(2) *Don Felix vuelve la cabeza como para ocultarse de Valentin.*

(3) *Mirando á don Felix.*

(4) *A don Felix.*

dido al ver á don Felix. ¿Por qué le mirabas con tanta atencion?

Val. No es nada, sino que... Ya no me es posible servir á usted. Lo siento mucho; pero me despido.

Lui. ¡Cómo! ¿Solo por haber visto aqui á don Felix?

Val. ¿Usted sabe á quién ha recibido en su casa?

Lui. Al sobrino de don Hilarion, mi procurador.

Val. ¿Y cómo se ha gobernado para que usted le conozca? ¿cómo ha penetrado hasta aqui?

Lui. El mismo don Hilarion me lo ha enviado para administrar mis bienes.

Val. ¡Don Felix administrador de usted! ¡Y don Hilarion le envia! ¡Pobre hombre! No sabe la alhaja que ha proporcionado á usted. ¡El tal don Felix es el mismo demonio!

Lui. ¿Pero qué quieres decir con eso? Esplícate. ¿Le conoces tú?

Val. ¡Toma si le conozco! Demasiado; y él tambien á mí. ¿No ha notado usted cómo volvia la cara para que no le viese?

Lui. Es verdad; y yo no sé qué presumir. ¿Seria capaz de alguna accion indigna que tú sospeches? ¿Es hombre de malas ideas?

Val. ¿El? No por cierto. En todo Madrid no hay un jóven mas apreciable. El solo tiene mas honor que cincuenta hombres honrados. ¡Oh! Yo le hago justicia. Es la suma probidad.

Lui. Pues entonces ¿cuál es la causa de tantas esclamaciones? Habla; sácame de inquietud.

Val. Su defecto lo tiene aqui; en la cabeza.

Lui. ¿En la cabeza?

Val. Sí señora. Está loco; pero loco rematado.

Lui. ¡Don Felix! Pues si me ha parecido tan juicioso, tan formal... ¿Qué prueba tienes de su locura?

Val. ¿Qué prueba? Seis meses hace que perdió la chaveta: seis meses hace que delira de amor, que tiene el cerebro como un chicharron, que está perdido, furioso... Yo lo sé mejor que nadie, porque le he servido. Su locura me obligó á dejarle, y es causa de que abandone tambien esta casa. Mire usted, y por otro lado me da lástima, porque es un jóven incomparable.

Lui. Mas que sea lo que quiera. No sufro yo locos á mi lado. ¡Dios me libre! ¿Dices que el amor le ha hecho perder el juicio? Y acaso valdrá muy

poco la que se lo ha inspirado. No lo estrañaria, porque los hombres tienen unos caprichos...

Val. ¡Ah! Bien puede usted perdonarme. Su amada es capaz de enamorar al puerto de Guadarrama. ¡Cáspita! Su locura es de buen gusto.

Lui. No importa. Estoy resuelta á despedirle. ¿Conoces tú por casualidad á esa muger funesta?

Val. Tengo el honor de verla todos los dias.

Lui. ¡Todos los dias! ¿Quién es?

Val. Usted, señora.

Lui. ¡Yo!

Val. Seis meses hace que le tiene usted sin sosiego, que daria su vida por el placer de contemplar á usted un instante. Ya ha debido usted notar qne se queda como embelesado cuando la mira.

Lui. Sí, algo de eso he reparado. ¡Pobre muchacho! Le compadezco.

Val. ¡Qué! ¡Si no puede usted figurarse hasta donde llega su demencia! Va á acabar con él, si Dios no hace un milagro. El es buen mozo, su conducta es irreprensible, tiene un talento desecho, y pertenece á una familia muy buena; pero... es pobre. Y ha de

saber usted que ha estado en su mano el casarse con mugeres muy ricas y de mucho mérito que ofrecian hacer su fortuna, y no las escupirian mas de cuatro poderosos. ¡Si tiene un partido con las muchachas!... Hay una en particular que está ciega por él, y no le deja á sol ni á sombra.

Lui. (1) ¿De veras?

Val. Lo que usted oye. Lo sé por ella misma. Es una morenita, buen cuerpo... La habrá usted visto en el Prado mil veces... ¿Pero él? nada. De ninguna hace caso. No quiero engañarlas, me decia muchas veces; no puedo quererlas; mi corazon no es libre. Y si viera usted... Se le caían las lágrimas al pobrecillo; porque bien conoce que no hay esperanza para él.

Lui. Eso es terrible. ¿Pero dónde me ha visto antes de venir á mi casa, Valentin?

Val. ¡Ay, señora! Una noche, al salir usted de la ópera, perdió el juicio. Un viérnes fue, bien me acuerdo: un viérnes. La vió á usted bajar la escalera, y la siguió hasta el coche. Preguntó cómo se llamaba usted, y á

(1) *Como involuntariamente.*

dónde vivia; y yo le encontré á la puerta del teatro, estático, petrificado.

Lui. ¡Qué me cuentas!

Val. Bien podia yo gritar: ¡Señor! ¡Señor! Nada, como si se lo hubiera dicho á un tronco. Al fin volvió en sí; pero con un aire espantadizo que me puso en cuidado. Le hice entrar en un coche, y nos volvimos á casa. Yo creí que se le pasaria pronto aquella especie de enagenamiento, que me afligia en estremo, porque... ¡es un sugeto tan apreciable!... Pero fue vana mi esperanza. No habia remedio para él. Los encantos de usted dieron al traste con su cordura, su espíritu jovial, su carácter amable; y desde la mañana siguiente él no hacia otra cosa que pensar en usted, y yo espiarla de dia y de noche.

Lui. Estoy asombrada. Y yo tan agena de...

Val. No paré hasta hacerme amigo de uno de los criados de usted... que ya no está en casa. A costa de algunas pesetillas que me gastaba con él sabia todos los pasos de usted. Esta noche va al teatro, me decia. Al instante corria yo con el aviso á mi amo; y desde las cuatro de la tarde nos estabamos de

planton á la puerta. A casa de fulana va, á casa de citana. Alli nosotros para verla á usted salir y entrar; él en un bombé de alquiler, y yo detrás; tiesos de frio, porque era en el rigor del invierno. El tan contento, y yo, que soy poco aficionado á pulmonías, renegando de su amor y de mi pícara fortuna.

Lui. ¿Pero es posible?...

Val. Al fin me cansé de una vida tan aperreada. Mi salud se alteraba, y la suya mucho mas. Le hice creer que se habia usted marchado al campo; y me dejó descansar dos dias. Al tercero quiso el diablo que la encontrara á usted en Vista-alegre, á donde le llevó un amigo, casi por fuerza, con el fin de distraerle un poco. Volvió hecho una fiera; me quiso pegar, no obstante su buen corazon; pero yo no lo tuve por conveniente, y me largué. Mi buena estrella me trajo despues á su casa de usted, y encuentro ahora á mí buen don Felix introducido en ella, y agraciado con la administracion de los bienes de usted, que no cambiaria por el imperio del mundo.

Lui. Es cosa singular... ¿Y qué hago yo ahora? Estoy tan cansada de tener á

mi lado gente desleal, que por su probidad me alegraba de haberle recibido; y ahora... No es decir que su amor me incomode. Buena ridiculez seria el inquietarme yo por eso.

Val. Hará usted una obra de caridad en despedirle; porque el fuego junto á la estopa...

Lui. Sí, de eso trato; ¿pero se curará porque yo le despida? Por otra parte, no sé qué decir á don Hilarion, que me le ha recomendado, ni veo un pretesto decoroso para deshacerme de ese hombre.

Val. ¡Ay, señora! Tome usted mi consejo. Mire usted que yo conozco á los hombres. Como que he corrido la carabana, y en mis años verdes estudié gramática latina.

Lui. ¿Pero con qué cara le digo yo ahora que se vaya?

Val. Bien: haga usted lo que guste. Se abrasará, se consumirá de amor...

Lui. Para él será el daño. En las circunstancias presentes, yo no puedo prescindir de tener un hombre que mire por mis intereses; ni creo yo que haya tanto peligro para él en permanecer á mi lado. Al contrario; si algo puede mitigar su pasion, es el

verme á todas horas. Me parece que le hago un beneficio en conservarle.

Val. En efecto. El remedio no puede ser mas inocente. Lo que es él no dirá una palabra: jamas le oirá usted hablar de su amor.

Lui. ¿Estás tú bien seguro de eso?

Val. ¡Oh! No hay cuidado: primero moriria. Su amor es tan respetuoso, tan humilde... ¿Piensa usted que aspira á ser correspondido? Nada de eso. Está persuadido de que no hay en el mundo quien merezca á su adorada Luisa. Solo quiere verla, contemplar sus bellos ojos, sus gracias, su talle gentil, y... nada mas. Me lo ha dicho mil veces.

Lui. ¡Cuánto va á sufrir el infeliz! Vamos, tendré paciencia por unos dias hasta que se me presente otro. Tú nada temas, Valentin. Te estoy muy agradecida, y recompensaré tu zelo. No te vayas de mi casa. ¿Entiendes?

Val. Mi única ambicion es servir á usted toda mi vida.

Lui. Sobre todo, no sepa don Felix que yo estoy informada de lo que pasa en su corazon. Guarda un profundo secreto con él y con toda la familia. Hay ciertas cosas que conviene reservarlas mucho.

Val. No descoseré mi boca.

Lui. Ya vuelve. Retírate.

ESCENA XVII.

DOÑA LUISA.

En verdad, yo tambien le hubiera dispensado de semejante confianza.

ESCENA XVIII.

DOÑA LUISA *y* DON FELIX.

Fel. Señora, vuelvo á ponerme á las órdenes de usted.

Lui. Sí... ¿De qué estabamos hablando? No me acuerdo.

Fel. De cierto pleito con el señor conde de Alba-fria.

Lui. Es verdad. Le dije á usted que nos querian casar.

Fel. Sí señora; y usted iba á añadir, si no me engaño, que estaba poco dispuesta á esa boda.

Lui. Efectivamente. Deseaba encargar á usted el exámen de los papeles, para saber si tendria algun riesgo en pleitear; pero me parece que debo dispensar á usted de ese trabajo. No es-

toy segura de poderle á usted conservar en mi casa.

Fel. ¡Ah, señora! La bondad de usted me lo aseguró no hace mucho.

Lui. Sí; pero sin reflexionar que he prometido al conde recibir á un recomendado suyo. Ya ve usted que seria una impolítica faltar á mi palabra. A lo menos necesito hablar al sugeto que me envia, y...

Fel. Soy desventurado. Todo se me frustra. Tendré el dolor de ser despedido.

Lui. (1) Yo no digo tanto. Aun no se ha resuelto nada. (Ni me atrevo á mirarle.)

Fel. No me deje usted en tan amarga incertidumbre.

Lui. Bien. Procuraré que usted se quede; lo procuraré.

Fel. Es decir que sin perder tiempo veré en qué estado está ese asunto.

Lui. No es cosa que urge tanto. — Seria tomarse usted un trabajo inútil si yo me casara con el conde.

Fel. Me parecia haber oido decir á usted que no tenia inclinacion á ese caballero.

Lui. Todavia no.

(1) *Como á su pesar.*

Fel. Y luego... ¡la situacion de usted es tan tranquila, tan dulce!...

Lui. (No tengo ánimo para afligirle.) Vamos; tranquilícese usted. Voy á mi gabinete á buscar mis papeles. Venga usted luego, y se los daré. (1) (¡Pobre joven! Poco me ha faltado para llorar.)

ESCENA XIX.

DON FELIX *y* VALENTIN (2).

Val. Casilda le busca á usted para enseñarle su habitacion. Yo vengo con pretesto de llamarle. ¿Qué tal va?

Fel. ¡Qué amabilidad! ¡Qué dulzura! ¿Cómo ha recibido lo que le has dicho de mí?

Val. Es de parecer de conservarle á usted por compasion. Cree que usted se curará acostumbrándose á verla á todas horas.

Fel. ¿Es cierto?

Val. No se escapará de mis redes. Cuéntela usted ya por suya. Yo me vuelvo. Nos veremos.

(1) *Yéndose.*

(2) *Entra misteriosamente, y como de paso.*

Fel. No; quédate. Ya veo venir á Casilda. Dila que me espera la señora para entregarme unos papeles, y que iré á buscarla asi que me los dé.

Val. Sí; márchese usted. Tambien á esta niña tengo yo que decirle dos palabritas al oido.

ESCENA XX.

VALENTIN Y CASILDA.

Cas. ¿A dónde va don Felix?

Val. (1) Dice que le espera la señora para darle unos papeles; y que volverá luego. Pero, pregunto yo: ¿qué precision hay de enseñarle su cuarto? Será demasiado escrupuloso sino le acomoda. ¡El demonio del hombre!... Yo le aconsejaria...

Cas. Tú no tienes que ver en eso. Yo hago lo que la señora manda.

Val. La señora es demasiado buena; y si ella supiera... Ese boqui-rubio tiene traza de ser algo aficionado á las hijas de Adan.

Cas. Puede serlo con mas confianza que muchos.

(1) *Como enfadado.*

Val. Si no me engaño, yo he visto á ese apunte, no sé dónde, contemplar con mucho placer á la señorita.

Cas. ¿Y qué tenemos con eso? ¿Te pesa que le parezca bonita?

Val. A mí no; pero se me figura que no ha venido aqui con otro objeto que el de verla mas de cerca.

Cas. (1) Ah, ah, ah, ¡qué aprension! No sabes tú de la misa la media. Eres un pobre mentecato.

Val. (2) Ah, ah, ah, ¿con que yo soy un mentecato?

Cas. Ah, ah, ah, ¡el pedazo de alcornoque! ¡Me ha hecho gracia la observacion!

ESCENA XXI.

VALENTIN.

¡Ah simple! Aun no sabes tú quién es Valentin. Yo te haré tragar la píldora. Pongamos en juego todas las baterías; y harto será que la plaza no se rinda á discrecion.

(1) *Riéndose.*
(2) *Riéndose.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON FELIX *y* DOÑA LUISA.

Fel. El derecho de usted á esas fincas es mas claro que la luz del dia. Puede usted pleitear con toda seguridad. No satisfecho con mi propio exámen, he consultado sobre el particular á varias personas ilustradas; y todas son de mi opinion. Si no tiene usted otro motivo para casarse con el conde, nada la obliga á semejante boda.

Lui. Mucho se va á afligir si la rehuso. Me cuesta mucha pena el resolverme á romper con él.

Fel. No es justo que se sacrifique usted al temor de afligirle.

Lui. ¿Pero lo ha mirado usted bien? Usted me ha dicho que mi situacion es dulce y tranquila; y el deseo de que me conserve en ella es acaso el único motivo que tiene usted para darme ese consejo. Tal vez estará usted algo preocupado contra el matrimonio, y por consiguiente contra el conde.

Fel. Señora, el bien de usted me interesa mas que el suyo.

Lui. Mil gracias, señor don Felix. — En todo caso, si le doy mi mano, y le acomoda servirse de otro administrador, usted no perderá nada. Yo le doy mi palabra de proporcionarle mejor colocacion.

Fel. No señora. Si tengo la desgracia de perder esta, ninguna quiero. — Y probablemente la perderé. Bien lo veo.

Lui. Sin embargo, creo que se entablará el pleito. — Veremos.

Fel. Aun tengo que decir á usted dos palabras. Acabo de saber que ha muerto el capataz de uno de los cortijos de usted. Será preciso mandar á cualquiera de esos muchachos en su lugar. ¿Y quién mejor que Valentin? Yo veré de reemplazarlo aqui con otro criado de quien puedo responder.

Lui. No: mejor será mandarlo al cortijo, y que se quede aqui Valentin. Tengo mucha confianza en él; me sirve bien, y me conviene á mi lado. Ahora que me acuerdo; me ha dicho que ha servido á usted algun tiempo.

Fel. (1) Es cierto, señora. — Valentin

(1) *Fingiendo turbacion.*

es fiel, pero poco exacto. Y luego, estas gentes rara vez hablan bien de los amos que dejan. ¿Quién sabe si habrá tratado de desconceptuarme con usted? Yo no estrañaria...

Lui. Me ha dicho mil elogios de usted...

ESCENA II.

Dichos y Don Hilarion.

Lui. ¿Qué trae usted de bueno, señor don Hilarion?

Hil. Señora, vengo á dar á usted las gracias por haber recibido á mi sobrino sin otra recomendacion que la mia.

Lui. Ya ve usted que no he vacilado un momento.

Hil. Lo estimo infinito. ¿No es cierto que le han hablado á usted por otro?

Lui. Sí señor.

Hil. Me alegro; porque supuesto que ya no le hace á usted falta, me le llevo para cierto asunto urgente.

Fel. ¿Y á qué fin?

Hil. Ya lo sabrás.

Lui. Pero, don Hilarion, es usted demasiado vivo. Yo necesito del señor, y he rehusado el otro pretendiente.

Fel. Por mi parte jamas saldré de esta

casa si la señora no me despide.

Hil. Usted no sabe lo que se pesca, sobrino mio. Es preciso salir de ella, indispensable. Yo diré el motivo. Señora, usted misma sea juez. Una señora de treinta y dos años, bien parecida, de buenas costumbres, y de alguna distincion; que no declara su nombre; que dice que yo he sido su procurador; que tiene cuando menos cuatro mil duros de renta, lo que probará á su tiempo; que ha visto á Felix en mi casa; que le ha hablado, y que no ignora su pobreza, quiere casarse con él inmediatamente. El sugeto que ha venido á decirmelo de su parte volverá luego por la respuesta, y á presentar á mi sobrino en casa de la novia. ¿Qué tal? ¿Es esto moco de pavo?

Lui. (1) Al señor le toca responder.

Hil. ¿En qué estás pensando? ¿Vienes, ó no vienes?

Fel. No señor. Me es imposible aceptar la mano de esa señora.

Hil. ¿Estás en tu juicio? ¿Has oido bien lo que he dicho? Tiene cuatro mil duros de renta; ¡cuatro mil duros!

Fel. Mas que tenga cuarenta mil. Ni ella

(1) *Con frialdad.*

ni yo seriamos felices. Mi corazon ya tiene dueño.

Hil. "Mi corazon ya tiene dueño." ¡Está buena la salida! Nunca hubiera yo adivinado los escrúpulos de ese corazon, que te manda ser administrador de las haciendas de otro, cuando puedes serlo de las tuyas. ¿Es esa tu última resolucion, pastorcito fiel?

Fel. Sí señor, y no la mudaré por cuanto hay en el mundo.

Hil. Pues eres un imbécil, un leopardo. ¿Digo bien, señora? ¿Se ha visto estravagancia como ella?

Lui. No le riña usted. Yo no diré que deba despreciar tan buena fortuna; pero...

Hil. ¡Cómo! Segun eso usted...

Lui. Yo no puedo condenar una conducta tan generosa. Sin embargo, señor don Felix, procure usted vencer su pasion. Yo bien conozco que es dificil.

Fel. Imposible, señora. Antes sacrificaria mi vida que renunciar á mi amor.

Hil. ¡Sublime rasgo, digno de figurar en la novela mas patética! Pero señora, á usted le parece razonable...

Lui. Vea usted si puede persuadirle. Yo me retiro.—(Me conmueve tanto, que estoy comprometida en su presencia.)

ESCENA III.

DOÑ FELIX *y* DON HILARION.

Fel. (¡Si supiera mi tio lo bien que me está sirviendo!)

Hil. ¡Sobre que lo veo, y no acabo de creerlo! — ¿Sabes que mas de cuatro estan en una jaula con menos motivo que tú?

ESCENA IV.

Dichos y CASILDA.

Hil. Ven acá, ven acá, hija mia.

Cas. Acaban de decirme que está usted aqui.

Hil. ¿Qué opinas tú de un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto, y rehusa la mano de una muger bonita y honrada, con ochenta mil reales de renta limpios de polvo y paja?

Cas. La respuesta es muy sencilla. Ese tal es un majadero.

Hil. Pues el majadero es mi sobrino. ¿Y qué disculpa dirás que me ha dado? "Que su corazon ya tiene dueño." Pero como es regular que aun no haya conquistado el tuyo, porque no creo que en tan poco tiempo te haya tras-

tornado los cascos, te ruego me ayudes á hacerle entrar en razon. Tú eres una muchacha como una perla; pero no querrás disputarle un casamiento tan ventajoso. No hay hermosura capaz de competir con cuatro mil duros anuales.

Cas. ¡Cómo! ¡Hablaba usted de don Felix! ¿Por mí, por su querida Casilda mira con desprecio tan brillante fortuna?

Hil. Asi parece; pero tú eres demasiado generosa para consentirlo.

Cas. (1) Se equivoca usted, señor don Hilarion. El esceso de mi cariño me fuerza á aprobarlo, y su fineza me encanta. ¡Ay, don Felix, cuán digno es usted de mi ternura! No hubiera creido que me amase usted tanto.

Hil. ¡Aguarda un poco! ¡Apenas le ha visto, y ya se muere por él! ¡Qué combustible es el corazon de una muger!

Cas. ¡Eh! ¿Se necesita tanta opulencia para ser feliz? Doña Luisa, que me quiere tanto, suplirá en parte por su generosidad á las riquezas que el señor me sacrifica. Mi amado Felix,

(1) *Con ternura.*

¡cuánto derecho tiene usted á mi gratitud!

Fel. Ninguno, señorita. No tiene usted por qué agradecerme lo que hago. El amor me lo manda. Usted no me debe nada.

Cas. ¡Qué delicadeza! Estoy embelesada. ¡Dichosa yo, que merezco oir tan tiernas palabras!

Hil. "Tan tiernas palabras."— Yo digo que son muy necias, y que mi sobrino no tiene sentido comun. — A Dios, dulcísima Casilda. Cara te compran. No te hubiera yo valuado en tanto, por vida mia.—A Dios tú, idiota sentimental. Hágate buen provecho tu ternura, que á otro se lo harán mis doblones.

ESCENA V.

DON FELIX *y* CASILDA.

Cas. Está irritado; pero ya le apaciguaremos.

Fel. (1) Creo que sí. ¿Quién es ese caballero?

Cas. El conde de Alba-fria, de quien ya

(1) *Mirando adentro.*

hemos hablado. El que ha de casarse con la señorita.

Fel. Me voy; no sea que me hable de su pleito. Ya sabe usted lo que le tengo dicho sobre el particular. Es inútil que yo le vea.

ESCENA VI.

El Conde *y* Casilda.

Con. Buenos dias, Casilda.

Cas. Servidora de V. S., señor conde. En el jardin está mi señora.

Con. Ya lo sé. Su madre me acaba de dar una noticia desagradable. Sabiendo doña Luisa que yo la tenia buscado un administrador, parece que ha recibido á otro, de quien nada podemos esperar.

Cas. No hay que desanimarse por eso, señor conde. Don Felix es hombre muy razonable. Si doña Leoncia no ha quedado contenta, ella se tiene la culpa. Desde luego se ha estrellado con él; le ha dicho mil injurias; y no es asi como se gana á los hombres. ¡Pues no ha ido á echarle en cara, como si fuera un delito, que tiene buena figura!

Con. ¿Será por casualidad el que aca-

ba de separarse de tí?

Cas. Justamente.

Con. Es buen mozo; no se puede negar.

Cas. ¡Y qué finura! ¡Qué grandeza de alma!

Con. Yo le hablaré, y veremos si saco mas partido que doña Leoncia. Las mugeres todo lo echan á perder. Creo que tu señora no me aborrece; y para acabar de decidirla en mi favor no es menester mas que convencerla de que el fundamento de nuestra contienda es dudoso para ella. Doña Luisa no querrá sostener el laberinto de un pleito; y no me dolerá el dinero si con él podemos conseguir que se ponga de nuestra parte el administrador.

Cas. ¡Oh! No. Don Felix no es hombre que se deja sobornar. Es el jóven mas desinteresado de la Península.

Con. ¡Qué diablo! Estos hombres incorruptibles no valen para nada.

Cas. Yo veré de persuadirle...

ESCENA VII.

Dichos y LUCAS.

Luc. Señorita, ahi ha venido un hombre preguntando por otro. ¿Sabe usted quién es?

Cas. ¡Qué embajada esta! — ¿Y quién es ese otro á quien busca?

Luc. No lo sé, á fé de Lucas. Usted me lo dirá.

Cas. ¡Otra te pego! — Dile que entre.

Luc. (1) Mocito, entre usted.

ESCENA VIII.

El Conde, Casilda *y un* Oficial *de diamantista.*

Cas. ¿A quién busca usted?

Ofic. A un caballero á quien tengo que volver un retrato con una caja que nos ha mandado hacer.

Cas. ¿Es V. S. el que lo ha encargado, señor conde?

Con. No por cierto.

Ofic. No; no es el señor: es otro.

Cas. ¿Y adónde le ha dicho á usted que se lo mandase?

Ofic. A casa de un procurador que se llama don Hilarion Corneja.

Con. ¡Calla! El procurador de la señora.

Ofic. No le he encontrado en su casa. Me han dicho que aqui estaria.

Con. ¿A ver la caja?

(1) *A la puerta.*

Ofic. Tengo órden de no entregarla sino á su dueño. Dentro viene el retrato de la señora.

Con. ¿El retrato de una señora? ¿Qué viene á ser esto? ¿Si será el de Luisa? Yo voy á averiguarlo.

ESCENA IX.

CASILDA *y el* OFICIAL.

Cas. Ha hecho usted mal en hablar del retrato delante de ese señor. Ya sé yo á quién busca usted. Al sobrino de don Hilarion; ¿no es verdad?

Ofic. Creo que sí.

Cas. Un caballero alto, rubio, que se llama don Felix.

Ofic. Esas son las señas.

Cas. Yo estoy en el secreto. ¿Ha mirado usted el retrato?

Ofic. No señora. Soy poco curioso.

Cas. Pues bien; es el mio. Don Felix ha salido; volverá luego. Venga la caja. Bien puede usted entregármela sin recelo; y aun me dará mucho gusto en ello. Ya ve usted que estoy bien impuesta en el asunto.

Ofic. Asi me parece. Tómela usted. A bien que ya está pagada. Hágame us-

ted el favor de dársela cuando vuelva (1).

Cas. Pierda usted cuidado. Vamos; está visto: don Felix me adora. Este es mi retrato: no me queda la menor duda. Ahora veo que tenia razon su tio cuando me dijo que me conocia de mucho tiempo atrás.

ESCENA X.

DON FELIX *y* CASILDA.

Fel. Casildita, ha visto usted por aqui á un muchacho que me venia buscando, segun las señas que me ha dado Lucas?

Cas. Don Felix, ¡qué amable es usted! (2) Sería yo muy injusta sino correspondiese á tanto cariño. Tranquilícese usted. El diamantista ha venido, he hablado con él; y la caja está en mi poder.

Fel. Ignoro...

Cas. Misterios á un lado. Ya le digo á usted que yo la tengo, y estoy muy reconocida á tantas pruebas de amor. Se la volveré á usted despues que vea el

(1) *Vase.*
(2) *Mirándole con ternura.*

retrato: ¿sí?—La señora se acerca con su madre y el conde. Retírese usted. A mi cargo queda...

Fel. (¡Ah, tontuela, ¡cómo te clavas! Todo se combina perfectamente.)

ESCENA XI.

DOÑA LUISA, DOÑA LEONCIA, *el* CONDE *y* CASILDA.

Lui. Casilda, el señor conde me habla de un retrato que han traido aqui, no se sabe para quién, y presume que sea el mio. Tú sabrás qué ha sido eso.

Cas. Nada, señora.—Yo se lo diré á usted.—Me he enterado bien del asunto despues que el señor se ha ido.—No hay por qué desazonarse. No va nada con usted.

Con. ¿Pero has visto tú el retrato?

Cas. Todavia no; pero lo mismo que si lo hubiera visto. Yo sé de quién es.

Con. El retrato es de una muger: en esto no hay duda. Aqui han venido á buscar al sugeto que lo ha mandado hacer; y yo no he sido.

Cas. Bien; pero cuando yo digo que la señora no tiene nada que ver con él, ni V. S. tampoco...

Lui. Vaya; pues una vez que tú estás instruida del caso, sácanos de dudas: yo te lo mando. Me va incomodando esta disputa, y ya es hora de terminarla. Habla.

Leonc. Tiene razon. ¿A qué tantos misterios? Por lo que hace al señor conde, no hay motivo para que te incomodes, Luisa. Es tan natural en un amante el ser un poco zeloso...

Con. ¿He de saber yo á sangre fria que un desconocido ha mandado retratar á la señora? Si yo averiguo...

Lui. Basta, señor conde. Usted puede tener zelos de quien quiera; pero hasta ahora ningun derecho le he dado para manifestarlos en mi presencia. — Acabemos, Casilda.

Cas. Bien, señora, lo diré. — ¡Tanto ruido para nada! Ese retrato es el mio.

Con. ¿El tuyo?

Cas. Sí señor; el mio. — ¿Y por qué no? No hay que escandalizarse tanto.

Leonc. Es cosa muy singular.

Cas. Perdone usted, señora... Mi cara, sin vanidad, es tan buena para retratada como cualquiera otra; y ya la quisieran tener mas de cuatro señoronas.

Leonc. ¿Y quién ha tenido tan delicado gusto?

Cas. Un jóven sumamente apreciable, poseido de los mas elevados sentimientos; que me ama; que me solicita. — En una palabra: don Felix.

Lui. ¿Mi administrador?

Cas. El mismo.

Leonc. ¡El de los sentimientos elevados! ¡Qué fátuo!

Lui. Casilda, tú me engañas. Desde que está aqui no ha tenido tiempo para hacerte retratar.

Cas. Es que hace ya muchos dias que me conoce.

Lui. Veamos ese retrato.

Cas. Aun no he abierto la caja; pero soy yo: usted va á verlo.

Lui. (1) ¡Qué veo!

Con. ¿Decia yo bien? Usted es la retratada.

Cas. ¿Mi señora? — Es verdad. (Pues hubiera yo apostado la cabeza...) Ahora veo que Valentin no me ha engañado.

Lui. (Cierta ha sido mi sospecha...) ¿En qué te fundabas para creer que era tuyo el retrato?

(1) *Abre la caja, y todos miran el retrato.*

Cas. Cualquiera se hubiera engañado en mi lugar. Don Hilarion me dice que soy amada de su sobrino; quiere casarnos; don Felix está presente, y no dice que no. Rehusa delante de mí una boda muy ventajosa; don Hilarion me echa la culpa, y no le desmiente. Viene en seguida un mancebo con ese retrato en busca de su dueño; le pregunto, y en todas sus respuestas reconozco á don Felix. El retrato es de muger; don Felix me ama hasta el estremo de renunciar á una gran fortuna por mi causa; saco, pues, en consecuencia que yo soy la que ha mandado retratar. Ya veo que me he equivocado; pero me parece que no he procedido tan de ligero. ¡Cómo ha de ser! Renuncio á mis esperanzas. No soy digna de tanto honor. Ahora veo toda la estension de mi error... y callo.

Lui. Vamos; ya está descifrado el misterio. Usted aparenta enojo y admiracion, señor Conde; pero, por mas que quiera disimular, no se me oculta que es usted á quien traían el retrato. Un sugeto, cuyo nombre ignoran, y á quien buscan en mi casa, no puede ser otro que usted.

Cas. (1) No lo creo yo.

Leonc. Sí, sí: está claro. ¿Por qué lo niega usted? ¡Aunque fuera un delito! ¿Qué tiene eso de particular estando usted para casarse con mi hija? Vamos, confiéselo usted.

Con. No señora; no soy yo. Lo juro por mi honor. No teniendo yo ningunas relaciones con don Hilarion, ¿á qué fin buscarme en su casa antes de venir aqui?

Leonc. (2) No me acordaba yo de esa circunstancia.

Lui. ¿Y qué importa una circunstancia mas ó menos? Insisto en mi opinion. Sea lo que fuere, el retrato no saldrá de mi poder. —¿Pero quién da voces allá dentro? Mira á ver qué es eso, Casilda.

ESCENA XII.

Dichos, VALENTIN *y* LUCAS.

Luc. Te digo que eres un rocin (3).

(1) *Afligida.*
(2) *Pensativa.*
(3) *Al entrar.*

Cas. ¿Qué diablos teneis, que estais alborotando la casa?

Val. Si yo dijera una sola palabra, tu amo saldria de aqui mas que de paso.

Luc. ¿Tú? Aqui hacemos tanto caso de tí y de toda tu raza de canalla, como de esto (1).

Val. Si no fuera por miramiento á la señora, del primer bofeton...

Luc. Ven, ven: aqui está la señora.

Lui. ¿Qué ha sido eso? ¿Por qué reñis?

Leonc. Ven acá, Valentin. ¿Qué palabra es esa que dirias contra Don Felix? No tengas reparo en hablar con franqueza.

Luc. Dila, dila.

Lui. Calla tú. Déjale hablar.

Val. Hace una hora que me está insultando, señora.

Luc. Yo saco la cara por don Felix, que para eso me paga la señora; y no sufro que le ofenda un zamarro como tú.

Leonc. ¿Pero no sabremos qué palabra es esa con que le amenaza Valentin? Esto es lo que urge.

Luc. Que se atreva á decir ni una letra.

Val. No hagan ustedes caso: ha sido

(1) *Escupe.*

únicamente gana de hablar. La causa de la disputa es la siguiente. Arreglando el cuarto de don Felix he visto en él un cuadro donde está usted retratada, y he creido que se debia quitar; porque ni hace falta, ni es decente tenerlo alli. Voy á descolgarlo; este ostrogodo me lo estorva; y por poco no andamos á mogicones.

Luc. Hago muy bien. ¿Quién te mete á tí en quitar de su puesto un cuadro tan guapo, que don Felix contemplaba, no hace mucho, con el mayor regocijo? ¡El pedazo de atun! ¡Mire usted qué daño le hará el buen hombre porque sea aficionado á la pintura! Quítale cualquier otro mueble, si tiene muchos; pero déjale el cuadro, animal.

Val. Te digo que lo quitaré; y la señora no podrá menos de aprobarlo.

Lui. ¿Qué cuidado se me da á mí de eso? Poca necesidad teniais de armar tanto estrépito por un cuadro viejo, que está alli por casualidad. Dejadlo estar, y marchaos de aqui.

Leon. No, hija mia. Aquel no es su puesto. Es preciso mudarlo. Puede dispensarse tu administrador de sus ridículas contemplaciones.

Lui. (1) ¡Oh, sí! No se morirá por eso.— Idos de aqui.

ESCENA XIII.

Dichos, menos los criados.

Con. (2) No se puede negar que el tal don Felix es hombre de gusto.

Lui. (3) Reflexion muy justa. ¡Efectivamente! ¡Es muy estraordinario que haya fijado los ojos en un retrato mio!

Leonc. Ese hombre no me ha pasado á mí de los dientes adentro. Tengo yo un golpe de vista muy feliz; y cuando á mí no me gusta... Ya has oido la amenaza de Valentin. Yo no la echaria en saco roto. Pregúntale, y sepamos qué misterio es ese. Yo estoy persuadida de que ese botarate no te conviene. Todos lo conocemos, menos tú.

Cas. Lo que es yo, no abogaré por él.

Lui. (4) ¿Qué es lo que ustedes ven, que á mí se me oculta? Yo debo de ser muy lerda sin duda. No encuentro el

(1) *Sonriéndose.*
(2) *Picado.*
(3) *Con ironía.*
(4) *Con risa irónica.*

menor motivo para despedir á un hombre que me ha venido por muy buen conducto, que tiene las mejores cualidades, que me sirve bien, y acaso demasiado bien. Nada de esto se ha escapado á mi penetracion.

Leonc. Vamos, ¡si digo yo que estás ciega!

Lui. No tanto como usted piensa. Cada uno tiene su modo de ver las cosas. Por lo demas no tengo ningun inconveniente en examinar á Valentin. Apruebo el consejo de usted. Anda, Casilda, dile que venga.

ESCENA XIV.

Dichos, menos CASILDA.

Lui. Si me prueba que hay motivos fundados para plantar en la calle á un administrador, que ha tenido la osadía de mirar un retrato, no permanecerá mucho tiempo á mi lado; y en caso contrario tendrán ustedes la bondad de permitir que le conserve mientras me acomode á mí.

Leonc. ¡Oh! tú te desengañarás. Vuelvo á decir que tengo un golpe de vista muy fino.

Con. Señora, yo soy franco. Temí que

inspirase á usted el deseo de pleitear, y por amor únicamente he deseado que alejase el ánimo de usted de semejante idea. Pero sea cual fuere la determinacion de usted, declaro desde ahora solemnemente que no es mi designio litigar, ni quiero mas árbitros en nuestra discusion que usted y sus agentes, aunque sepa perderlo todo.

Leonc. ¡Pero si aqui no hay nada que discutir! Con la boda se zanja todo, y yo la doy ya por concluida.

Con. En cuanto á don Felix, no despego mis labios. Volveré solamente á saber qué ha resuelto usted acerca de él; y en caso de despedirle, como presumo, puede usted recibir, si gusta, el que le tengo ofrecido.

Leonc. Aqui tienes á Valentin. Te dejamos á solas con él. Harto será que no te diga sapos y culebras de tu insigne administrador.

ESCENA XV.

DOÑA LUISA *y* VALENTIN.

Val. Me han dicho que quiere usted hablarme, señora.

Lui. Ven acá. Eres muy imprudente,

Valentin. Otra opinion habia yo formado de tí. ¿Por qué no pones mas atencion en hacer lo que te mando? Te encargué que guardases silencio acerca de don Felix, y me lo prometiste, previendo las consecuencias ridículas que podria tener para mí la publicidad de su amor. ¿A qué fin disputar sobre un miserable cuadro con ese zopenco, que escandaliza la casa, y viene aqui á sacarme los colores?

Val. No creí que mi disputa pudiera tener trascendencia. Me he dejado llevar de mi zelo y mi respeto hácia usted.

Lui. ¡Eh! Deja á un lado tu zelo. No es esto lo que yo exijo, sino tu silencio. Vé aqui lo que yo necesito para salir del pantano en que me veo por tu causa. Si no hubiera sido por tu indiscreta fidelidad, yo ignoraria que ese hombre me ama, y no tendria que estudiar mis palabras y mis movimientos.

Val. Confieso que no he obrado con cordura.

Lui. Aun la disputa, pase; ¿pero por qué gritar: "¡si yo dijera una palabra!.." Esa ha sido una imprudencia sacrílega.

Val. Otro efecto de mi zelo inconsiderado.

Lui. Pues bien; cállate, cállate con mil

santos. Quisiera hacerte olvidar lo que me has dicho.

Val. ¡Oh! Pierda usted cuidado. Yo me enmendaré.

Lui. Por tu maldito aturdimiento he tenido que llamarte ahora con pretesto de preguntarte qué palabra es la que tenias que decir contra don Felix. Mi madre y el conde estan muy persuadidos de que me vas á descubrir espantosos delitos. ¿Qué les digo yo ahora?

Val. No se apure usted por esa bicoca. Hágales usted creer que yo he averiguado, por personas que le conocen, su incapacidad para el empleo que se le confia.—Será una injusticia, porque lo que es habilidad no le falta. Es capaz de cortar un pelo en el aire.

Lui. Enhorabuena; pero hay un inconveniente. Supuesto que es incapaz, me dirán que le despida; y aun no es tiempo de tomar ese partido. Yo lo he reflexionado bien, y me parece muy espuesto. La delicada posicion en que me hallo me obliga á andar con pies de plomo. Si su pasion es tan vehemente como tú me la pintas, estallaria enmedio de su dolor; y Dios sabe lo que las gentes dirian de mí. ¿Cómo

me he de fiar yo de un hombre desesperado? Mi propio interés es el que me aconseja ser tan circunspecta; no la necesidad que tengo de conservar á ese jóven. A menos que no sea cierto lo que dice Casilda..., porque en este caso nada tengo que temer. Ella nos ha asegurado que es conocida antigua de don Felix; que la quiere, segun ha dicho don Hilarion, y que este trataba de casarlos... Yo me alegraria.

Val. ¡Qué simpleza! Don Felix no la ha visto hasta hoy, ni lo ha soñado. Don Hilarion ha forjado esa fábula con ánimo de casarlos, y Casilda lo ha creido como artículo de fé. Yo no me he atrevido á desmentirle, me ha dicho don Felix, por temor de indisponer contra mí á esa muchacha, que está muy bien quista con su señora; y el caso es que la pobre vive muy satisfecha de que he rehusado por ella los cuatro mil duros de renta que me ofrecen.

Lui. ¿De veras te ha dicho eso?

Val. Sí señora, ahora mismo, en el jardin; por señas que le ha faltado poco para ponerse de rodillas, rogándome que no le descubra, y que le perdone el mal tratamiento que usó conmigo

cuando le dejé. — Yo le he dicho que callaria; pero que no pensaba permanecer en esta casa teniéndole á mi lado, y que era forzoso que él la desalojase. — Si le hubiera usted visto llorar, gemir, tirarse de los pelos... Daba compasion.

Lui. ¡Pues! Lo que yo digo. Ya ves tú si tengo yo razon en no usar de rigor con él; ya lo ves. — Nada; no hay que exasperarle. Yo me prometia mucho de esa boda con Casilda; esperaba que me olvidaria... y nada, no se casa.

Val. ¿No digo que ha sido una farsa? (1). ¿Tiene usted alguna cosa que mandarme?

Lui. Espera, Valentin. — No sé qué hacer. Si á lo menos cuando me habla me diera algun pie para quejarme de él; pero ni una palabra se le escapa. Nada sé de su amor sino lo que tú me has confiado; y este no es motivo suficiente para despedirle. Si él osara declararse me irritaria contra él... pero seria muy conveniente que me irritase.

Val. Se irritaria usted, y con razon. Él no es digno de una señora como usted. Si como blasona de noble nacimiento

(1) *Yéndose.*

tuviera un buen patrimonio, ya era otra cosa; pero don Felix no es rico sino en mérito, y esto no basta.

Lui. Es verdad. ¡Asi va el mundo!—No sé cómo le trataré; no lo sé.—Veremos.

Val. ¡Pero si tiene usted un pretesto escelente! ¡Y no habiamos pensado en ello!

Lui. ¿Cuál?

Val. Ese retrato...

Lui. Ahora iria yo á acusarle sin fundamento... ¡Si es el conde quien lo ha mandado hacer!

Val. No lo crea usted. Ha sido don Felix. Lo sé de su misma boca. Es el que estaba concluyendo cuando yo me fui de su casa.

Lui. Vete. Ya se va haciendo muy larga nuestra conversacion. Si me preguntan qué me has dicho, responderé lo que hemos convenido.

ESCENA XVI.

Dichos y Don Felix.

Lui. Aqui viene. A ver si consigo que se esplique.

Val. Sí; es lo mejor. No será estraño

que caiga en el lazo; y en seguida que tome las de Villadiego.

Lui. Bien: déjanos solos.

Val. (1) (No me es posible avisarle; pero descúbrase ó no, la cosa va bien. ¡A no haberla yo manejado!)

ESCENA XVII.

DOÑA LUISA *y* DON FELIX.

Fel. Señora, vengo á implorar la proteccion de usted. Yo vivo en la inquietud y en la amargura. Todo lo he sacrificado al honor de servir á usted; y no hay palabras con que esplicar el afecto que me inspira. Nadie la serviria á usted con mas fidelidad, con mas desinterés, aunque á mí no me toca decirlo. ¡Y sin embargo, no estoy seguro de merecer esta dicha! Todos me tienen entre ojos en esta casa; todos conspiran contra mí. Yo estoy consternado. Tiemblo no se deje usted vencer de su enemistad para conmigo; y si esto sucede llegará á su colmo mi afliccion.

Lui. (2) Tranquilícese usted, don Felix.

(1) *Rápidamente al irse.*
(2) *Con dulzura.*

Usted no depende de los que le persiguen. No han logrado todavia que mi consideracion hácia usted se disminuya en lo mas mínimo, y todas sus intriguillas serán infructuosas. Aqui nadie manda sino yo.

Fel. No tengo mas apoyo que el de usted, señora.

Lui. Cuente usted con él. Pero debo darle un consejo. Afecte usted mas serenidad delante de ellos. De lo contrario pondrán en duda la capacidad de usted, y creerán que me debe demasiado favor en conservarle.

Fel. No se engañarán, señora. Estoy penetrado del mas vivo reconocimiento á tal esceso de bondad.

Lui. Enhorabuena; pero no hay una necesidad de que ellos esten en esa persuasion. Yo le agradezco á usted mucho su adhesion, su fidelidad; ¿pero por qué manifestarlo con tanta calor á todo el mundo? Tal vez es esta la causa de tener usted tantos enemigos. — Se ha negado usted á darme un informe falso acerca del pleito. — Mal hecho. Préstese usted á su designio, y asi se reconciliará con ellos: yo lo permito. Por el resultado verán que los ha servido usted bien; porque, bien refle-

xionado, estoy resuelta á casarme con el conde.

Fel. ¡Resuelta! ¿Qué dice usted?

Lui. Sí señor, firmemente resuelta. El conde creerá que usted ha contribuido al logro de sus deseos: yo misma se lo diré, y no se irá usted de mi casa; lo prometo. (Ha perdido el color.)

Fel. ¡Qué diferencia para mí, señora!

Lui. Ninguna. — Vaya, no sea usted cabiloso, y escriba el billete que voy á dictarle. Ahi tiene usted todo lo necesario para escribirle.

Fel. ¡Un billete! ¿Y para quién, señora?

Lui. Para el conde, que se fue de aqui sumamente inquieto, y yo quiero sorprenderle muy agradablemente con los cuatro renglones que va usted á escribirle de mi parte (1). Vaya, ¿no llega usted á la mesa? ¿En qué piensa usted?

Fel. Sí señora (2).

Lui. (No sabe lo que se hace. Veremos en qué para esto.)

(1) *Don Felix se queda pensativo, y por distraccion no se acerca á la mesa.*

(2) *Siempre distraido se sienta á la mesa.*

Fel. (1) ¡Ah! (Valentin me ha engañado.)

Lui. ¿Podemos empezar?

Fel. No encuentro papel, señora.

Lui. (2) ¿No hay papel? ¡Pues si tiene usted media resma delante de los ojos!

Fel. Es verdad.

Lui. Escriba usted. "Señor conde, apresúrese usted á venir. Su casamiento es indudable." Vamos, ¿está ya?

Fel. ¿Qué ha dicho usted, señora?

Lui. ¿Está usted sordo? "Su casamiento es indudable. La señora me manda escribírselo á usted, y le espera para confirmárselo de palabra." (Está sufriendo un martirio; pero no hay fuerzas humanas para arrancarle su secreto.) "No atribuya usted esta resolucion al temor que pueda tener doña Luisa de perder un pleito dudoso..."

Fel. ¿No he dicho ya que lo ganaria usted infaliblemente? ¡Dudoso! Yo respondo con mi cabeza...

Lui. No importa: acabe usted. — "Al contrario, me encarga asegurar á usted que solo la justicia que hace á su mérito la determina..."

(1) *Buscando papel.*
(2) *Acercándose.*

Fel. (¡Ah, soy perdido!)—Pero, señora, usted me ha dicho que no le amaba...

Lui. Acabe usted, le digo.

Fel. "La deter-mina..."

Lui. "A aceptar un enlace tan venturoso."—Me parece que le tiembla á usted la mano; ¡y tan pálido!.. ¿Se siente usted malo?

Fel. No me siento muy bueno, señora.

Lui. ¡Cómo! ¿Tan de repente? Es cosa muy singular. — Cierre usted la esquela, y ponga el sobre: "al señor conde de Alba-fria."—¡Bueno!—Que la lleve Valentin. (¡Cómo me late el corazon!) ¿A ver? ¡Qué mal escrito! ¡Y tan torcido!.. ¿Quién entiende lo que dice este sobre? (¡Qué obstinado silencio! Yo me desespero.)

Fel. (¿Si lo hará por probarme? Valentin no me ha dicho nada.)

ESCENA XVIII.

Dichos y Casilda.

Cas. Me alegro infinito de encontrar aqui á don Felix. Señora, mas de una vez ha prometido usted casarme, y hasta ahora no me he hallado dispuesta á aprovecharme de su bondad. El

señor solicita mi mano, y en prueba de su amor acaba de rehusar por mi causa un partido infinitamente mas ventajoso; á lo menos ha consentido que lo crea yo asi, y es indispensable que se declare; pero como yo tengo puesta mi suerte en manos de mi bienhechora, es preciso que me obtenga de usted, si efectivamente aspira á ser mi marido. Ya lo oye usted, señor don Felix. Entiéndase usted con la señora. Si ella consiente en nuestra boda, por mi parte no habrá dificultad.

ESCENA XIX.

DOÑA LUISA *y* DON FELIX.

Lui. (1) (¡Esta loca me faltaba!) — Mucho me alegro de lo que acaba de decirme Casilda. Tiene usted buen gusto. Es muchacha muy graciosa, y de una índole escelente.

Fel. ¡Ah, señora! Estoy muy distante de pensar en ella.

Lui. ¿Cómo es eso? Pues ella dice que usted la quiere, y que la conocia antes de venir aqui.

Fel. Asi se lo ha hecho creer mi tio sin

(1) *Conmovida.*

consultarme. En mi vida la habia visto; pero no me he determinado á sacarla de su error, temiendo adquirirme un enemigo mas en esta casa. Lo mismo digo de ese brillante casamiento, que en su inteligencia he despreciado por ella. No me es permitido disponer de mi corazon. Lo he perdido para siempre, y no dejaria de amar un solo instante al objeto que le cautivó si me brindaran con todas las riquezas del universo.

Lui. Ha sido muy mal hecho el no desengañar á Casilda.

Fel. Tal vez hubiera á usted persuadido á no recibirme; y ademas, harto la digo con mi indiferencia.

Lui. ¿Pero qué interés tenia usted en entrar en mi casa, y en preferirla á cualquiera otra?

Fel. Es muy dulce para mí depender de usted.

Lui. Este es un enigma que yo no acabo de comprender. — ¿Ve usted con frecuencia al objeto de su cariño?

Fel. No tanto como quisiera. Aunque la viese á todas horas no bastaria á mi corazon.

Lui. (¡Se espresa con tanta ternura!..) ¿Es soltera?

Fel No señora : es... viuda.

Lui. ¿Y hay algun inconveniente para que se case usted con ella? Supongo que será usted correspondido.

Fel. ¡Ah, señora! Tal es mi desconsuelo que ni siquiera sabe que la adoro.— Perdone usted que me produzca de este modo. No puedo hablar de ella sin entusiasmo, sin delirio.

Lui. Yo le hago á usted tantas preguntas por admiracion... solo por admiracion. —¿Con que ignora que usted la ama? ¿Y renuncia usted por ella á su fortuna? ¡Parece increible! Todo el que ama procura ganar el corazon de su amada, y mal lo puede conseguir sin declararse. Esto me parece muy natural... y muy perdonable.

Fel. ¡Dios me libre de atreverme á concebir la mas débil esperanza! ¡Yo ser amado! ¡Ah! No soy tan venturoso. Hay mucha distancia de su estado al mio. El respeto sella mis labios; y moriré á lo menos sin la desgracia de sufrir su desden.

Lui. No imagino que exista una muger capaz de inspirar tan estraordinaria pasion; no lo imagino. Usted la juzga superior á toda comparacion.

Fel. Dispénseme usted de hacer su elo-

gio. No podria poner límites á mi imaginacion y á mi lengua si tratase de pintarla. No hay en la tierra una criatura tan hermosa, tan amable. Cada vez que me habla, cada vez que me mira se acrecienta mi cariño.

Lui. (1) Pero la conducta de usted no tiene ejemplo. ¿Qué se promete usted de una persona que jamas ha de saber su cariño? Yo no lo entiendo. ¿Qué se promete usted?

Fel. El placer delicioso de verla alguna vez; de vivir con ella.

Lui. ¡Vivir con ella! ¿Olvida usted que está en mi casa?

Fel. Quiero decir con su retrato cuando no la veo.

Lui. ¡Su retrato! ¿La ha mandado usted retratar?

Fel. No señora. Soy un poco aficionado á la pintura, y la he retratado yo mismo.

Lui. (Yo le haré que se declare, mal que le pese.) ¿A ver? Enséñeme usted el retrato. Quiero conocer á esa muger prodigiosa.

Fel. No puedo complacer á usted. Aunque amo sin esperanza, no por eso es-

(1) *Bajando los ojos.*

toy menos obligado á guardarla un secreto inviolable.

Lui. Casualmente ha venido á mis manos una miniatura... (1) Véala usted. — ¿Si será la misma?...

Fel. No; es imposible...

Lui. (2) Es verdad que sería una cosa muy estraordinaria. Examine usted este retrato.

Fel. (3) ¡Ah, señora! Hubiera perdido mil veces la vida, lo juro, antes que confesar lo que la casualidad ha descubierto. ¿Cómo podré yo expiar...

Lui. ¿Y usted se atreve... No me enojo, don Felix. Basta que usted reconozca su estravío. — Yo le compadezco, y le perdono.

ESCENA XX.

Dichos y Casilda.

¡Ah! (4)

(1) *Enseñando la caja.*

(2) *Abriendo la caja.*

(3) *Se echa á los pies de doña Luisa.*

(4) *Desaparece casi desde la puerta. Don Felix se levanta rápidamente.*

ESCENA XXI.

DOÑA LUISA *y* DON FELIX.

Lui. ¡Dios mio!.. ¡Casilda!.. ¿Le ha visto á usted?

Fel. (1) No señora; no.—Creo que no. No ha pasado de la puerta.

Lui. Le ha visto á usted, sí: yo lo digo.—Aléjese usted de mí: su presencia me es insoportable.—(2) Venga esa carta (3).

ESCENA XXII.

DOÑA LUISA.

¡Ah! ¿Por qué no le habré yo despedido!

ESCENA XXIII.

DOÑA LUISA *y* VALENTIN.

Val. ¿Se ha declarado? ¿Le mando tomar la puerta?

(1) *Fingiendo sobresalto.*
(2) *Deteniéndole.*
(3) *Don Felix entrega á doña Luisa la carta que escribió, y se retira.*

Lui. No. Nada me ha dicho que tenga la menor relacion con lo que me has contado. No me vuelvas á hablar de semejante cosa: ¿lo entiendes? Te lo prohibo formalmente. Basta de chismes.

ESCENA XXIV.

DON FELIX *y* VALENTIN.

Val. ¡Bueno! Estamos en la crísis.
Fel. ¡Ah, Valentin!
Val. Retírese usted.
Fel. No sé qué pronosticar de la conversacion que acabo de tener con ella.
Val. ¿Está usted empecatado? La tenemos á dos pasos de nosotros, y... Usted lo va á echar todo á perder.
Fel. Quiero que me digas...
Val. Vaya usted al jardin, don Felix.
Fel. Si doña Luisa...
Val. Al jardin he dicho: alli hablaremos.
Fel. Pero...
Val. ¡Qué mosca! Soy sordo.
Fel. Nunca he temido tanto como ahora.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON FELIX *y* VALENTIN.

Val. Le digo á usted que no. — No perdamos tiempo. — ¿Y la carta?

Fel. Aqui está. He puesto en el sobre calle del Limon.

Val. ¿Está usted seguro de que Lucas no conoce aquel barrio?

Fel. Me ha dicho que no.

Val. ¿Le ha encargado usted bien que se dirija á Casilda para tomar las señas?

Fel. Sí, hombre; y se lo diré segunda vez.

Val. Pues vaya usted á darle la carta, mientras prevengo á Casilda.

Fel. Confieso que no las tengo todas conmigo. Me parece que hostigamos demasiado á doña Luisa. Enmedio de su agitacion ¿no será un golpe demasiado terrible para ella el ver estallar de repente la aventura?

Val. ¡Nada! No hay cuartel. — Es preciso acabarla de rendir antes que salga de su aturdimiento. ¡Pobrecilla! No sabe ya lo que se hace. Ya empie-

za á ser reservada conmigo. ¡Pues no se ha empeñado en hacerme creer que usted no la ha dicho nada de su amor! Vaya, vaya. ¡Quererme usurpar mi empleo de confidente para amarle á usted de contrabando!

Fel. ¡Cuánto he sufrido, Valentin! Sabiendo tú que queria comprometerme á declarar mi pasion, ¿por qué no me lo advertiste por medio de alguna seña?

Val. ¡Eso es! ¿Y ella no lo hubiera notado? Vaya, ¿si querrá usted enseñar á su maestro? Asi ha parecido el dolor de usted mas cordial, mas verdadero. ¿Se arrepiente usted del efecto que ha producido? ¡Pues digo; si no está usted contento!...

Fel. ¿Sabes tú lo que va á suceder? Tomará su partido, y me despedirá sin contemplacion.

Val. Se guardará muy bien. Ya es muy tarde. Ha pasado ya el momento del valor. No hay mas remedio que casarse.

Fel. Harto será. Su madre la está importunando.

Val. Tanto mejor. Lo que quiero yo es que no la deje respirar un instante. Su decantado conde llevará calabazas.

Fel. Está llena de confusion porque Casilda me ha sorprendido á sus pies.

Val. ¿Confusion? ¡Bueno! No sabe ella que aun ha de esperimentar otras mayores. Observando el giro que tomaba la conversacion, yo fui el que obligué á Casilda á venir segunda vez.

Fel. ¿Y haberme dicho: "La presencia de usted me es insoportable?"

Val. Tiene razon. ¿Quiere usted que manifieste buen humor con un hombre á quien tiene que amar á su despecho? ¡Miren qué plato de gusto! Se apodera usted de sus riquezas, de su corazon; ¿y no ha de clamar al cielo? Vamos, vamos: déjese usted guiar, y menos argumentos.

Fel. Ten presente que la adoro; y que si se malogra nuestro designio por precipitarlo demasiado, me pierdes; me desesperas.

Val. Ya sé que usted la ama con furor. Por eso le oigo yo como quien oye llover. Usted no está en estado de juzgar de nada. Déjeme obrar á mí, que lo veo todo á sangre fria. — ¡Oh! Aqui está Casilda. ¡Qué á propósito viene! Márchese usted. Yo procuraré entretenerla mientras da usted el recado á Lucas.

ESCENA II.

CASILDA *y* VALENTIN.

Cas. En tu busca vengo.

Val. ¿En qué puedo servir á usted, señorita?

Cas. ¡Bien me lo habias dicho, Valentin!

Val. ¿Yo? No sé por qué lo dice usted. Tengo una memoria tan infeliz...

Cas. Que don Felix se atreve á poner sus ojos en la señora.

Val. ¡Oh! Demasiado. Ahora me acuerdo de haber dicho á usted que la miró con cierto interés... ¡Caspitina! Aquella ojeada maldito si me gustó. Alli habia intrigulis; pero entre bobos anda el juego. A mí no se me escapa nada.

Cas. Oyes: no seria malo darle pasaporte.

Val. ¡Toma! No es otro mi deseo. Si consistiera en mí... Ya le he dicho á la señora que, segun me han asegurado, entiende de negocios como un perro de aguas.

Cas. ¿Y eso es todo lo que sabes de él? Te hablo de parte de doña Leoncia y del señor conde. Tememos que no se

lo hayas revelado todo á la señora, ó que ella disimule. No nos ocultes nada; y cuenta con una buena propina.

Val. A fé de Valentin que no sé mas.

Cas. Vamos; no te hagas el ministerial.

Val. ¡Yo! ¡Bonito es el niño para guardar un secreto! No tenga usted cuidado, que no moriré yo de postema. Yo debia ser muger, segun lo reservado que soy. Perdone usted la comparacion.

Cas. Lo cierto es que él está muerto por doña Luisa.

Val. No hay que dudarlo. — Ya se lo he dicho yo á la señora.

Cas. ¿Y qué ha respondido?

Val. Que soy un majadero. — Está tan preocupada...

Cas. ¡Oh, sí! preocupada; pero en términos que... Mas vale callar.

Val. Ya; ya la entiendo á usted. — No estrañaria yo...

Cas. Me parece que sabes tú mas que yo en el asunto.

Val. No, no lo crea usted: se lo afirmo. Congeturas... ¡Ah! Ya se me olvidaba. Ahora mismo iba á entregar una carta á Lucas. ¡Si la pudieramos atrapar! Esto podria darnos luz...

Cas. ¡Una carta! No nos descuidemos.

Voy á ver si puedo catequizar á Lucas. Aun no se habrá marchado.

Cal. Espere usted, que aqui viene.

ESCENA III.

Dichos y Lucas.

Luc. ¡Hola! ¿Aqui estás tú, mal engendro?

Val. ¡Bella figura para burlarse de la mia!

Cas. ¿Qué traes, Lucas?

Luc. ¿No sabria usted decirme dónde vive la calle del Limon?

Cas. Sí, hombre.

Luc. Es que mi camarada, á quien yo sirvo, me manda llevar esta carta á un sugeto que habita en la tal calle, y como yo no la sé, me ha dicho que se lo pregunte á usted, ó á ese cernícalo; pero ese cernícalo no merece que yo le hable sino para decirle mil tempestades. Antes quisiera que el diablo se llevase todas las calles de Madrid, que saber una por boca de ese mastin.

Val. (1) Pillele usted la carta. — Señorita; no le diga usted nada. ¡Que tro-

(1) *Aparte á Casilda.*

te todo el dia, pese á sus tripas!

Luc. ¿Callas, ó te...

Cas. Déjale estar, Valentin. — Vamos; ¿quieres darme la carta? Tú no vas á acertar. Son barrios tan... Yo buscaré quien la lleve.

Luc. ¡Si digo yo que esta muchacha vale un Perú!

Val. (1) ¡Qué mal hace usted en ahorrar trabajo á semejante zángano!

Luc. ¡Habrá petate!... Anda, anda á buscar el retrato; verás cómo se burla de tí.

ESCENA IV.

CASILDA *y* LUCAS.

Cas. No le hagas caso. Dame la carta.

Luc. Tome usted, señorita; y gracias por el favor. Cuando sea necesario galopar en obsequio de usted, aqui tiene un postillon.

Cas. Se entregará exactamente.

Luc. Sí, sí. Don Felix merece que se le sirva con toda fidelidad.

Cas. (¡Ah Traidor!)

(1) *Yéndose*

Luc. (1) A los pies de usted, señorita. Beso á usted la mano. — ¡Ah! Si le ve usted, no hay que decirle que otro va echando los bofes en mi lugar.

ESCENA V.

CASILDA.

Callemos hasta ver qué contiene esta carta.

ESCENA VI.

CASILDA, DOÑA LEONCIA *y el* CONDE.

Leonc. Vamos á ver, Casilda; ¿qué te ha dicho Valentin?

Cas. Lo que usted sabia; y esto no nos basta.

Leonc. Ese pícaro Valentin nos engaña.

Con. Su amenaza parecia indicar algo mas.

Leonc. Sea lo que fuere, yo he mandado llamar á don Hilarion, y le estoy esperando. Veremos si su tio nos deshace de ese hombre; y si no, sabrá mi hija que se atreve á amarla: lo he resuelto. Nuestras sospechas son muy

(1) *Haciendo cortesias ridiculas.*

vehementes, y aunque no sea mas que por el *qué dirán*, será forzoso que le despida. Por otra parte he mandado tambien llamar al recomendado del señor conde. — Ahí fuera está, y se lo presentaré al momento.

Cas. Como no sepamos algo de nuevo, harto será que usted consiga nada; pero tal vez tengo yo en mi poder su pasaporte, y...

ESCENA VII.

Dichos y Don Hilarion.

Cas. Aqui está don Hilarion. No tengo tiempo para decir mas. Voy á desengañarme.

Hil. (1) Buenas tardes, sobrinita mia, ya que es forzoso que lo seas. ¿Sabes para qué me llaman?

Cas. Pase usted, y mande hacer sobrinas en Alcorcon. No quiero yo tios bufones.

(1) *Deteniendo á Casilda.*

ESCENA VIII.

Dichos, menos Casilda.

Hil. ¡Miren el arrapiezo insolente!... — Me han dicho que usted me llama, señora. ¿De qué se trata?

Leonc. ¡Ah! ¿Es usted, señor procurador?

Hil. Sí señora: estoy seguro de que soy yo mismo.

Leonc. ¿Quién le ha metido á usted en encocorarnos aqui con un administrador de su calaña?

Hil. ¿Tiene usted algo que echarle en cara?

Leonc. Le hubieramos dispensado á usted con mucho gusto del presente que nos ha hecho.

Hil. Usted debe de ser muy delicada.

Leonc. Es sobrino de usted; ¿no es verdad?

Hil. Sí señora; salvo error.

Leonc. Pues bien; sobrino y todo, nos haria usted un gran favor en desembarazarnos de él.

Hil. No es usted con quien yo le he acomodado.

Leonc. Bien está; pero no nos ha hecho maldita la gracia, ni á mí, ni al señor conde, que está presente, y va á casarse con mi hija.

Hil. (1) ¿Y qué tenemos con eso? Una vez que no depende de usted, me parece que no es muy esencial que le agrade. Aqui no ha entrado con semejante condicion; nadie lo ha pensado, y en siendo del agrado de doña Luisa, todo el mundo debe estar contento. El que no lo esté, que tenga paciencia. ¡Estamos buenos!

Leonc. Parece que va usted tomando un tono demasiado áspero, don Hilarion.

Hil. Los cumplimientos de usted no son muy á propósito para suavizarle, doña Leoncia.

Con. Poco á poco, señor procurador; poco á poco. Me parece que no tiene usted razon.

Hil. Si la tengo ó no, nada le importa á usted, señor conde. Yo no tengo el honor de conocerle; y entre usted y yo, no hay nada que tratar; nada.

Con. Pero sepa usted que no es tan poco esencial, como dice, el que su sobrino no agrade á esta señora; porque no es estraña en la casa.

Hil. Señor mio, para el asunto de que se trata es tan estraña como yo lo seria en el Indostan. Por lo demas, don

(1) *Elevando la voz.*

Felix es un hombre de honor, conocido por tal, de quien yo he respondido, de quien responderé siempre; y esta señora ha hablado de él de un modo muy chocante.

Leonc. Su sobrino de usted es un impertinente.

Hil. ¡Bagatela! Esa palabra no significa nada en la boca de usted.

Leonc. ¿En mi boca? ¿Con quién habla ese curial miserable, señor conde? ¿Cómo no le impone usted silencio?

Hil. ¿Qué es eso? ¡Imponerme silencio! ¡A mí! ¡A un procurador! ¿Sabe usted que hace cincuenta años que estoy hablando?

Leonc. Pues cincuenta años hace que está usted diciendo desatinos.

ESCENA IX.

Dichos y Doña Luisa.

Lui. ¿Qué es esto? ¿Estan ustedes riñendo?

Hil. No estamos muy en paz, señora. Usted llega á buena ocasion. Se trata de Felix. ¿Tiene usted motivo para quejarse de él?

Lui. Ninguno, que yo sepa.

Hil. ¿Ha desmentido en algo su probidad

Lui. No por cierto. Le tengo por un hombre muy recomendable bajo todos aspectos.

Hil. Segun se esplica la señora, mi sobrino es un galopin, que es preciso echar de esta casa; un presente de que me hubieran dispensado con mucho gusto; un impertinente que desagrada á doña Leoncia, y á este caballero que habla en calidad de esposo futuro.

Con. Yo he dicho...

Hil. Y porque yo le defiendo se me dice que chocheo.

Lui. Siento mucho que se hayan escedido en tales términos. Yo no tengo parte en sus insultos, don Hilarion. Estoy muy distante de tratarle á usted tan mal. Por lo que hace á don Felix, yo le conservo en mi casa, y esta es su mejor justificacion. — Pero venia á saber una cosa, señor conde. Me han dicho que en la antesala espera un administrador que usted ha mandado para mí. Será alguna equivocacion sin duda.

Con. Señora, doña Leoncia es la que se ha empeñado...

Leonc. Yo responderé. Sí, hija mia: yo soy quien ha suplicado al señor que lo

mande para reemplazar al que tienes, puesto que es indispensable que se vaya. He dejado hablar á ese hombre, porque no me está bien entrar en contestaciones con él.

Hil. Oiga usted...

Leonc. ¡Silencio! Ya ha hablado usted mas que debe. — Yo no he dicho que su sobrino es un galopin. Y es muy posible que lo sea. No me admiraria yo...

Hil. Mal paréntesis, con permiso de usted; suposicion arbitraria, injuriosa, é intempestiva.

Leonc. Será hombre de bien: consiento en creerlo, pues no ha dado hasta ahora pruebas de lo contrario; pero en cuanto á impertinente, impertinentísimo, lo digo, y lo sostengo. Dices tú que quieres conservarle: no harás tal.

Lui. Le conservaré: no lo dude usted.

Leonc. ¿Cómo? ¡Imposible! — ¿Consentirás en tu casa á un dependiente que te ama?

Hil. ¿Y á quién pretende usted que tenga afecto? ¿A usted, con quien nada tiene que ver?

Lui. Cuidado que mi madre tiene unas aprensiones... ¿Quiere usted que me aborrezca?

Leonc. ¡Oh! Dejémonos de equívocos. Cuando digo que te ama, quiero decir que está enamorado de tí; lo que se llama enamorado en buen castellano. ¿Me entiendes? Que suspira por tí, que tú eres el móvil secreto de su ternura.

Hil. ¡Mi sobrino!

Lui. (1) ¿El móvil secreto de su ternura? ¡Y tan secreto! Ah, ah, ah. No creía yo que era tan peligrosa mi cara. Pero una vez que ha penetrado usted tan hondo arcano, ¿por qué no adivina usted lo mismo de todos mis criados? Puede ser que tambien me amen: ¿quién sabe? — Don Hilarion, usted me vé con bastante frecuencia. Tentada estoy por adivinar que está usted enamorado de mí.

Hil. ¡Oiga usted! Si tuviera yo la edad de mi sobrino, milagro seria que...

Leonc. No hay que echarlo á broma, Luisita. Dejemos á ese buen hombre, y trátese el asunto con mas seriedad. Tus criados no te mandan pintar: tus criados no se quedan con la boca abierta contemplando tus retratos: tus criados no hacen alarde de su figura, ni

(1) *Riéndose.*

tienen aire galante y almibarado.

Hil. (1) Callo por respeto de usted; de lo contrario, esa *buena señora* no me hubiera dicho á mí *buen hombre* impunemente.

Lui. En verdad, madre, usted seria la primera que se burlase de mí si me hiciera la menor impresion lo que me ha dicho. ¿No seria una niñada despedir á ese hombre por semejante sospecha? Si es cierto que no pueden verme las gentes sin amarme, ¿cómo lo he de remediar yo? Será preciso acostumbrarme á ello. Dice usted que es buena figura; que le ha notado cierto aire de galantería... Yo no habia hecho tal observacion; pero no le hemos de reconvenir por eso. A mí me gusta un buen mozo como á cualquiera otra.

ESCENA X.

Dichos y Don Felix.

Fel. Perdone usted que la interrumpa, señora. Tengo mucho motivo para presumir que mis servicios no le son

(1) *A doña Luisa.*

á usted gratos; y como es natural, deseo con impaciencia saber cuál es mi suerte.

Leonc. ¡Su suerte! ¡La suerte de un administrador! Me ha hecho gracia.

Hil. Pues qué, ¿los administradores han reñido con la fortuna?

Lui. (1) ¿Se ha empeñado usted en atormentarme? Esto ya pasa de la raya. ¿Qué tiene usted, don Felix? ¿De qué nace esa inquietud?

Fel. Usted lo sabe, señora. Ha venido un sugeto llamado por usted para ocupar mi empleo.

Lui. Ese sugeto está muy mal aconsejado. Salga usted de su error. Yo no le he mandado venir.

Fel. Todo ha contribuido á engañarme. Casilda me acaba de asegurar que dentro de una hora ya estaré fuera de aqui.

Lui. Casilda ha dicho una necedad.

Leonc. El término es demasiado largo. Por mi voto saldria ahora mismo.

Hil. (¿En qué pararán estas misas?)

Lui. Tranquilícese usted, señor don Felix. Se quedaria usted en mi casa, aunque fuera el hombre menos conve-

(1) *Aparte á su madre.*

niente para mí. No lo hago ya por usted, sino por mí misma; que estoy ofendida, hasta no mas, de la conducta que se observa conmigo. Ahora mismo voy á mandar que se retire ese hombre; y no se hable mas de la materia. Que se compongan con él como puedan los que le han traido sin consultarme.

ESCENA XI.

Dichos y CASILDA.

Cas. No se apresure usted á despedirle, señora. Aqui traigo una carta de recomendacion para él. Don Felix la ha escrito.

Lui. ¡Cómo!

Cas. (1) Un momento, señora. Esto merece ser oido. Ya digo que la carta es de don Felix.

Con. (2) "Amigo mio, mañana á las nueve del dia pasaré á tu casa. Tenemos mucho que hablar. Creo que me va á despedir de su casa la señora que sabes.—Ya no puede ignorar la pasion que me ha inspirado; funesta pasion,

(1) *Dando la carta al conde.*
(2) *Lee.*

que me acompañará á la tumba."

Leonc. ¿Qué tal? ¿Lo has oido?

Con. "Un oficial de diamantista, á quien no esperaba tan pronto, ha venido aqui á traerme la caja que le encargué para aquel retrato que hice de ella."

Leonc. ¡Hola! ¿Con que sabe hacer retratos? Pues ya no se puede morir de hambre.

Con. "Yo habia salido, y una doncella de la casa tomó la caja con el retrato."

Leon. (1) Esto habla contigo.

Con. "Sospechan que es mio; todo se va á descubrir; me despedirán, y perderé el consuelo de ver todos los dias á la que adoro..."

Leonc. ¡La que adoro! ¡Ah! ¡La que adoro!

Con. "Y por colmo de amargura seré despreciado de ella."

Leonc. ¡Oh! sí; ya puede dar por cumplida la profecía.

Con. "No por mi escasa fortuna: no la creo capaz de semejante cosa..."

Leonc. ¡Eh! ¿Y por qué no?

Con. "Sino por lo poco qué valgo para con ella, á pesar de honrarme con su

(1) *A Casilda.*

estimacion tantas personas respetables."

Leonc. ¿Y en qué se fundan para estimarle tanto?

Con. "Si se realizan mis temores nada tengo que hacer en Madrid. Supuesto que tratas de partir muy en breve para la Jamaica, estoy resuelto á acompañarte."

Leonc. Buen viaje.

Hil. ¡Gran motivo para embarcarse!

Leonc. ¿Estás ya convencida?

Con. La prueba no puede ser mas completa.

Lui. ¿Es de usted la carta? ¿No han falsificado la letra? ¿La reconoce usted por suya?

Fel. Señora...

Lui. Retírese usted.

ESCENA XII.

Dichos, menos Don Felix.

Hil. No hay que hacer tantos aspavientos. El muchacho está enamorado. ¿Es alguna cosa del otro jueves? Siempre han inspirado amor las mugeres bonitas. Ahí donde ustedes le ven, mas de cuatro han pretendido en vano con-

quistar su corazon, y señoras de alto coturno. A buena cuenta este amor le cuesta ochenta mil reales de renta, sin contar los mares que va á atravesar; y ustedes nada han perdido. ¿Estamos? Si fuera rico no habria por qué desdeñarle para marido, que no se cambia mi sobrino por el mas estirado, y podria adorar entonces á quien se le antojase (1), sin que ninguna esfinge le pusiera en ridículo. Beso á usted los pies, señora.

ESCENA XIII.

Dichos, menos Don Hilarion.

Cas. Señora, ¿mando entrar al administrador que ha enviado el señor conde?

Lui. Ya estoy harta de oir hablar de administradores. Vete. Buena estoy yo para venirme ahora con preguntas impertinentes.

ESCENA XIV.

Dichos, menos Casilda.

Leonc. Tiene razon Casilda. Basta que

(1) *Encarándose á doña Leoncia.*

el señor conde responda de él para recibirle á ojos cerrados.

Lui. Pues yo no le quiero recibir.

Con. ¿Es porque viene de mi parte, señora?

Lui. Es usted dueño de interpretarlo como quiera; pero yo no le recibo.

Con. Se esplica usted de un modo tan... Yo estoy asombrado.

Leonc. Yo no te conozco, Luisa. ¿Qué es lo que te enfada tanto?

Lui. Todo. No parece sino que soy yo el juguete de ustedes. Me irrita el que se use conmigo de procederes tan ofensivos, tan indignos...

Leonc. ¡Pero, muchacha!.. Yo no te entiendo.

Con. Aunque no tengo la menor parte en lo que acaba de suceder, demasiado conozco que no estoy exento del enojo de usted, y no debo contribuir á aumentarlo con mi presencia.

Leonc. Voy con usted. — Yo retengo al señor conde, hija mia. Tú vendrás á buscarnos pronto. Asi debo esperarlo de tu cordura.

ESCENA XV.

DOÑA LUISA *y* VALENTIN.

Val. En fin, señora, por lo que veo ya está usted libre de don Felix. Ahora mas que se le lleve la trampa. Todo el mundo ha sido testigo de su locura, y nada tiene usted que temer de su dolor. El hombre no chista.—Es verdad que acabo de encontrarle mas muerto que vivo atravesando la galería para ir á su cuarto. Se hubiera usted reido de verle suspirar.—Y en parte me daba compasion. Le he visto tan desfallecido, tan pálido, tan triste, que he temido no le diera una congoja.

Lui. (1) Que llamen al médico. ¿Nadie le ha seguido? ¿Por qué no has ido á socorrerle? ¿Es cosa de matar á ese hombre?

Val. ¡Vaya! Aunque fueramos aqui caribes. Ya he llamado á Lucas, que no se apartará de su lado, y no creo que le suceda nada. Vamos, es asunto concluido. Yo no vengo mas que á decir á usted una cosa, y es que puede ser

(1) *Como volviendo de un letargo.*

muy bien que quiera verla á usted por la última vez, y no conviene...

Lui. Basta. Yo haré lo que me parezca.

Val. Ya ha salido usted de cuidados por medio de esa carta que se ha leido públicamente. La señorita Casilda se la ha sacado con maña á Lucas por un aviso mio; y ha sido una idea escelente. ¿No es verdad, señora?

Lui. ¡Cómo! ¿Eres tú á quien debo agradecer la escena que acaba de pasar?

Val. Sí señora.

Lui. ¡Infame! No vuelvas á presentarte delante de mi vista.

Val. ¡Ah, señora! Yo lo hice con buena intencion.

Lui. ¡Aléjate, miserable! Debiste obedecerme. Te mandé no volvieras á mezclarte en semejante cosa, y me has acarreado los disgustos y el bochorno que quise evitar. Tú has llenado á todos de sospechas contra ese infeliz, y no me has revelado su amor por afecto á mi persona, sino por deseo de hacer mal. ¿Qué necesidad tenia yo de saber su pasion? Valdria mas que siempre la hubiese ignorado. ¿Quién te obligaba, monstruo de ingratitud, quién te obligaba á proceder asi con un hombre que te ha dado su pan, que te ha

tratado bien, que te estimaba, que no hace mucho te pidió de rodillas le guardases su secreto? Tú le asesinas; tú me vendes á mí misma. Capaz te creo de cualquier maldad. Jamas te vuelva yo á ver; y no hay que replicarme.

Val. (1) (Esto es hecho. El triunfo es completo. Mi nombre se debe grabar en láminas de bronce.)

ESCENA XVI.

DOÑA LUISA *y* CASILDA.

Cas. (2) El tono con que usted me habló poco hace me prueba que tengo la desgracia de haber incurrido en el desagrado de mi señora, y creo hacer á usted un obsequio pidiéndole licencia para irme de su casa.

Lui. Yo te la doy.

Cas. ¿Le parece á usted que me vaya hoy mismo?

Lui. Como quieras.

Cas. ¡Qué aventura tan fatal para mí!

Lui. ¡Oh! No admito esplicaciones.

(1) *Riéndose al irse.*
(2) *Afligida.*

Cas. ¿Quién se lo hubiera dicho á Casilda!

Lui. ¿Sientes irte de casa? Pues bien, quédate; yo lo consiento; pero acabemos.

Cas. ¿Qué haré yo al lado de usted ahora que le soy sospechosa, despues de haberme colmado de beneficios? ¿Ahora que he perdido toda su confianza?

Lui. ¿Pero qué quieres que te confie? ¿He de inventar secretos para comunicártelos?

Cas. Lo cierto es que me despide usted, señora. ¿De dónde nace mi desventura?

Lui. Está en tu imaginacion. Me pides licencia para irte, y te la doy.

Cas. ¡Ah, señora! ¿Por qué me ha espuesto usted al dolor de desagradarla? Yo he perseguido por ignorancia al hombre mas amable de la tierra; á un hombre cuyo amor hácia usted no tiene ejemplo.

Lui. (¡Ah!)

Cas. Y de quien no tengo la menor queja. ¡Pobre don Felix! Acaba de hablarme. He sido su enemiga; pero ya me pesa en el alma. Todo me lo ha dicho, señora. Hasta hoy jamas me

habia visto. Don Hilarion es quien me ha engañado: yo disculpo á su sobrino.

Lui. Bien está.

Cas. ¿Por qué ha tenido usted la crueldad de abandonarme al peligro de amar á un hombre que no ha nacido para mí, que es digno de usted, y á quien he sumergido, desdichada de mí, en un abismo de dolor?

Lui. ¿Tú le amabas, Casilda?

Cas. Dejemos á un lado mis sentimientos. Restitúyame usted su amistad, y viviré contenta.

Lui. ¡Ah! sí; con todo mi corazon.

Cas. (1) Ya estoy consolada.

Lui. No, Casilda; no lo estás todavia. Tú lloras, y me enterneces.

Cas. No haga usted caso de mis lágrimas. Nada en este mundo me es tan grato como usted.

Lui. Vamos; yo hare cuanto pueda para que olvides tu pena.

(1) *Besando la mano á doña Luisa.*

ESCENA XVII.

Dichas y Lucas.

Lui. ¿Qué quieres tú, Lucas?

Luc. (1) Yo... yo no sé por dón-de emp-empezar á decirlo. Es tanta mi pes-pesadumbre, que me cor-corta la pal-palabra. ¡Qué traicion la de la señorita Casilda! ¡Ah! ¡Qué ingrata perfidia!

Cas. Déjate ahora de perfidia, y dinos á qué vienes.

Luc. ¡Qué carta! ¡Qué carta de mis pecados! ¡Y yo tan camello que me la dejo escamotar!

Lui. Vamos, dí.

Luc. Don Felix la pide á usted de rodillas que le permita venir aqui á darle cuenta de los papeles que ha tenido en su poder. A la puerta me espera, llorando como un chiquillo.

Cas. Dile que venga.

Luc. ¿Lo permite usted, señora? Porque yo no me fio de ella. — El que á mí me la pega una vez...

(1) *Llorando y sollozando.*

Cas. (1) Háblele usted, señora. Yo me retiro.

ESCENA XVIII.

DOÑA LUISA *y* LUCAS.

Luc. ¿No me responde usted, señora?
Lui. Que entre (2).

ESCENA XIX.

DOÑA LUISA *y* DON FELIX.

Lui. Acérquese usted, don Felix.
Fel. Casi no me atrevo á presentarme delante de usted.
Lui. (¡Ah! No tengo yo mas serenidad que él.) ¿Por qué quiere usted darme razon de mis papeles? Yo he puesto en usted una confianza absoluta. Sobre ese particular nunca podré quejarme de usted.
Fel. Señora... Tengo que decir á usted otra cosa. — Estoy tan afligido, tan acobardado, que no acierto á hablar.

(1) *Con aire melancólico.*
(2) *Lucas hace entrar á don Felix, y se retira.*

Lui. (1) (¡Ah! ¡Cuánto temo el fin de esta escena!)

Fel. (2) Uno de los arrendadores de usted vino al medio dia...

Lui. (3) ¿Uno de mis arrendadores? Bien puede ser.

Fel. Ha dejado en mi poder cierta cantidad, que debo entregar á usted.

Lui. Bien... No corre prisa.—Veremos...

Fel. Cuando usted quiera recibir el dinero...

Lui. Sí... le recibiré... usted me lo dará... (No sé lo que le respondo.)

Fel. ¿Quiere usted que se lo entregue esta noche... ó mañana...

Lui. ¿Mañana dice usted? ¿Cómo le he de tener á usted en mi casa hasta mañana despues de lo que ha sucedido?

Fel. (4) De todos los dias de mi vida, condenado lejos de usted á la soledad y á la amargura, este solo será precioso para mí.

Lui. No hay arbitrio, don Felix. Es forzoso separarnos. Ya es público que

(1) *Sumamente agitada.*

(2) *Despues de un momento de silencio.*

(3) *Conmovida.*

(4) *Dolorosamente.*

usted me ama, y creerian que no me pesa.

Fel. ¡Ah, señora! ¡Cuán digno voy á ser de compasion!

Lui. (¡Ah!) — ¡Don Felix! cada uno tiene sus penas.

Fel. ¡Todo lo he perdido! Tenia un retrato que era mi único consuelo; y ya no es mio.

Lui. ¿Qué falta le hace á usted el retrato? Usted sabe pintar.

Fel. En mucho tiempo no podré tener otro. ¡Ah! ¡Y el que he perdido seria tan dulce para mí! Ha estado en las manos de usted, señora.

Lui. ¡Pero don Felix! ¿Está usted en su juicio? ¿Me quiere usted comprometer?

Fel. ¡Ah, señora! Voy á separarme de usted para siempre. Harto vengada será usted. ¿Por qué aumentar mi dolor?

Lui. ¡Darle á usted mi retrato! ¿No considera usted que esto seria confesar que le amo?

Fel. ¡Qué usted me ama, señora! ¿Cómo podria yo imaginarlo?

Lui. (1) Y esto es lo que me sucede. Usted se ha apoderado de mi corazon.

(1) *Con viveza y candor.*

Fel. (1) ¡Yo muero de placer!

Lui. No sé dónde estoy. Modere usted su alegría. Levántese usted.

Fel. (2) No merezco yo tanta dicha; no la merezco. Usted me va á privar de ella. — No importa. Usted lo sabrá todo, aunque me cueste la vida.

Lui. ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decirme?

Fel. De cuanto hoy ha pasado en esta casa, nada es verdadero sino mi amor, que no tiene límites, y el retrato que yo he pintado. Todos los incidentes que han sobrevenido son obra de Valentin. Sabía mi pasion; ha tenido lástima de mí, y ha empleado en mi obsequio todos los resortes de su ingenio estraordinario. Yo, seducido por la dulce satisfaccion de verla á usted, ó para hablar con mas ingenuidad, arrastrado por mi pasion, he consentido en su estratagema. Esta es la verdad, señora. Mi respeto, mi cariño, mi carácter, no me permiten ocultarla. Antes quiero perder la ternura de usted, único anhelo de mi corazon, que de-

(1) *Echándose á los pies de doña Luisa.*

(2) *Se levanta.*

berla á los ardides por cuyo medio la he adquirido. Será menos dolorosa para mí la indignacion de usted, que el remordimiento de haber engañado á la que adoro.

Lui. (1) Si esto lo hubiera yo averiguado por otro conducto, le aborreceria á usted seguramente. Pero la confesion que usted mismo me hace en un momento como este lo borra todo. Ese rasgo de sinceridad me encanta, me parece increible; y me convence de que es usted el hombre mas honrado del mundo. No me queda el menor resentimiento. Amándome usted de veras, como me ama, no es reprensible lo que ha hecho para ganar mi corazon. Es permitido á un amante buscar medios para agradar, y... se le debe perdonar cuando lo ha conseguido.

Fel. ¡Qué oigo! ¡La hermosa, la encantadora Luisa se digna justificarme!

(1) *Despues de haberle mirado un instante en silencio.*

ESCENA ULTIMA.

Dichos, el Conde, Doña Leoncia, Valentin *y* Lucas.

Lui. Aqui viene el conde con mi madre. No diga usted palabra, y déjeme hablar á mi.

Leonc. ¡Calla! ¿Aun está aqui?

Lui. Sí señora.—Señor conde, se trataba de casarle á usted conmigo. Ya es inútil pensar en eso. Mi condicion es inferior á la de usted; y aunque le sobra mérito para que yo le ame, mi corazon no está en estado de hacerle á usted justicia.

Leonc. ¡Cómo, cómo! ¿Qué significa eso?

Val. (De orgullo no quepo en el pellejo. ¡Uf! me abruma el peso de mi gloria.)

Con. La entiendo á usted, señora; y ya me hubiera retirado sino fuera por las instancias de doña Leoncia. El amor ha conducido á don Felix á su casa de usted, ha tenido la fortuna de agradarla, y quiere usted casarse con él. ¿No es esto lo que iba usted á decir?

Lui. Exactamente. Nada tengo que añadir.

Val. (El señor conde se ha lucido.)

Leonc. ¡Irse á encaprichar por un perdulario, cuando podia ser condesa! De cólera no veo.

Con. Nuestra contienda se terminará amistosamente. Ya he dicho que no queria pleitos con usted, y cumpliré mi palabra.

Lui. Es usted demasiado generoso (1). ¿Qué quereis aqui vosotros?

Luc. Yo, nada. Venia á despedirme de don Felix; pero una vez que se ha calzado con el santo y la limosna, es escusado.

Lui. ¿Y tú?

Val. Yo á pedir á usted perdon...

Lui. Pídeselo á don Felix por lo mal que le has servido.

Fel. (2) Señora: yo espero que mi cordial afecto y mi profundo respeto, desvanecerán...

Leonc. Déjeme usted en paz; y guarde su afecto para quien lo quiera.—¡Maldito administrador!—Oyes: él será tu marido, ya que asi lo quiere el diablo; pero jamas será mi yerno (3).

(1) *El Conde saluda, y se retira.*
(2) *A doña Leoncia.*
(3) *Vase.*

Val. (1) ¡Gran pesadumbre! ¡Casarse con una viuda rica, y no tener suegra! Vea usted una fortuna que no entraba en mi plan.

Lui. Déjela usted. Ella se desenojará. Tiene rarezas propias de la edad; pero su corazon es escelente. — Al dar á usted la mano (2), yo sigo los impulsos del mio, y no las sugestiones del interés ó de la vanidad. ¡Triste matrimonio el que no estriva en el amor!

FIN.

(1) *Aparte á don Felix.*
(2) *Se la da.*